

*BENITO
ARIAS
MONTANO*

AUBREY F. G. BELL

ELOY NAVARRO DOMÍNGUEZ
(ESTUDIO Y EDICIÓN)



Bibliotheca Montaniana



BENITO ARIAS MONTANO

AUBREY F. G. BELL



Aubrey Fitz Gerald Bell
(1881-1950)

BENITO ARIAS MONTANO

AUBREY F. G. BELL

ELOY NAVARRO DOMÍNGUEZ

TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN



Universidad
de Huelva

Bibliotheca Montaniana

30

©

Servicio de Publicaciones
Universidad de Huelva

©

Eloy Navarro

Tipografía: Textos realizados en tipo Garamond de cuerpo 10,5, notas en Garamond de cuerpo 8,5/auto y cabeceras en versalitas de cuerpo 8.

I.S.B.N.: 978-84-16061-84-6

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.

Acción complementaria *Benito Arias Montano. Consolidación y mejora de la 'Bibliotheca Montaniana'* FFI2011-14552-E (subprograma FILO), Ministerio de Economía y Competitividad. • Fondos Feder • UHU • Incentivos para la realización de actividades de carácter científico y técnico, Junta de Andalucía • Proyecto *Arias Montano: Teología y Humanismo* [FFI2009-07731], Ministerio de Economía y Competitividad • Proyecto *Trayectorias ideológicas del humanismo andaluz: Hebraísmo en Arias Montano y su entorno* [P07-HUM-02715], Proyectos de Excelencia, Junta de Andalucía • Proyecto *Trayectorias europeas del humanismo andaluz* [HUM-7875], Proyectos de Excelencia, Junta de Andalucía.



Nuestro catálogo en www.uhu.es/publicaciones

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
ESTA EDICIÓN	27
BENITO ARIAS MONTANO.....	31
PREFACIO	33
I	35
II.....	41
III	45
IV	51
V.....	56
VI.....	58
VII	62

INTRODUCCIÓN

En 1922 salía de las prensas de la Oxford University Press el libro *Benito Arias Montano*, del hispanista británico Aubrey Fitz Gerald Bell, un volumen de apenas cien páginas en octavo que formaba parte de las “Hispanic Notes and Monographs”, colección auspiciada por la Hispanic Society of America y destinada, según rezaba en la portada, a la publicación de “ensayos, estudios y biografías breves”¹.

Bell había ya publicado, dentro de la misma serie y apenas un año antes, tres libros de formato similar, *Baltasar Gracián* (1921), *Fernam Lopez* (1921) y *Gil Vicente* (1921), que daban testimonio de la orientación esencialmente ibérica de las investigaciones del autor, la misma que habría de caracterizar el resto de biografías que publicaría en años sucesivos en la misma colección: *Gaspar Correia* (1924), *Diogo do Couto* (1924), *Francisco Sánchez, el Brocense* (1925) y *Juan Ginés de Sepúlveda* (1925). Por lo demás, en fechas muy próximas a la publicación de la biografía de Montano habían aparecido en la misma serie, además de las de Bell, otros biografías dedicadas a diferentes figuras de la cultura española de los Siglos de Oro, como el *Fray Luis de León. A Biographical Fragment* (1921), de James Fitzmaurice-Kelly, *El Inca Garcilasso de la Vega* (1921), de Julia Fitzmaurice-Kelly, o *Luis Vives, el gran Valenciano (1492-1540)*, de Foster Watson (1922).

El predominio de las biografías breves dentro de las “Hispanic Notes and Monographs” se debía al carácter divulgativo de la colección (cuyos volúmenes, por lo general, apenas superaban el centenar de páginas)² y, en última instancia, al espíritu igualmente divulgativo y propagandístico que caracterizó siempre

1 El libro apareció durante la gestión del legendario editor Humphrey Milford (1877-1952) y fue impreso en Inglaterra por el impresor oficial de la editorial en esos años, Frederick Hall. La Oxford University Press tenía desde 1896 una filial en Nueva York que tal vez interviniese en la publicación de la obra. Para la historia de la editorial en esos años, véase Sutcliffe (1978, 107-244).

2 Hasta 1922 la colección había acogido estudios y ediciones de muy diversa naturaleza, como *Decorated Wooden Ceilings in Spain* (1920), de Arthur Byne y Mildred Stapley, *The way of Saint James* (1920), de Georgiana Goddard King, *Tartesse* (1922), de George Bonsor, *The Odes of Bello, Olmedo and Heredia* (1920), de E. C. Hills, o la *Hispanic Anthology*, de Thomas Walsh (1920). El predominio del formato de la biografía dentro de la colección se puede apreciar no sólo en las obras ya mencionadas, sino también en los siete volúmenes de la serie que William B. Parker dedicó a figuras contemporáneas de distintos países latinoamericanos, desde *Cubans of to-day* (1919) hasta *Bolivians of to-day* (1922).

a la Hispanic Society desde que fuera fundada en mayo de 1904 por Archer M. Huntington³ y que estuvo desde el principio al servicio del creciente interés que suscitaban entonces los temas hispánicos en los Estados Unidos. Ese interés había venido ya manifestándose desde el cambio de siglo⁴, pero se vio notablemente incrementado a partir de la Primera Guerra Mundial con el desplazamiento del alemán por parte del español como tercera lengua de elección entre los universitarios, un cambio de tendencia que habría de contribuir decisivamente al desarrollo del hispanismo norteamericano⁵.

Así pues, uno de los aspectos fundamentales del libro de Bell, como es su formato de biografía breve, viene dado por la naturaleza del proyecto editorial del que forma parte, un proyecto que pretendía dar a conocer tanto a figuras fundamentales del canon como a otras menos conocidas, y en el que se daba además una cierta preferencia por autores de perfil fundamentalmente humanístico, todo lo cual venía a justificar la elección de una figura como la de Montano. Pero lo cierto es que, ya se tratase de una elección de la Hispanic Society o de una sugerencia del propio Bell, la figura de Montano suscitaba, como se verá a continuación, una tan íntima identificación personal en el autor que para entender el sentido de algunos aspectos del texto que nos ocupa resulta imprescindible repasar antes la singular trayectoria académica y vital del propio biógrafo.

No suele resultar tarea fácil reconstruir la vida de críticos e historiadores, pues, en ausencia de testimonios de familiares o colegas, apenas se dispone de otros datos biográficos que los que se pueden extraer de currículos resumidos o notas de contracubierta, donde aparecen mencionados, con o sin precisión cronológica, grados académicos, universidades y premios o distinciones. En ocasiones, el final de la trayectoria académica del estudioso queda señalado por la publicación de algún volumen de homenaje, mientras que el de su vida lo está por las correspondientes notas necrológicas. En el caso de Bell, los testimonios de la familia⁶ han completado los datos recogidos en unos pocos documentos, fundamentalmente

3 Sobre el importante papel jugado por Huntington y la Hispanic Society en el desarrollo del hispanismo norteamericano véanse Coddling (2002) y Proske (1963).

4 Tal como estudia Berger (1995) en su libro, la situación de hegemonía de los Estados Unidos tras la guerra hispano-norteamericana y la consiguiente expansión imperialista hacia el sur contribuyeron notablemente al desarrollo del interés por la lengua española y las culturas hispánicas. Para una historia del hispanismo en ese preciso contexto cronológico véase Fernández (2002).

5 En diciembre de 1917 se fundó la American Association of Teachers of Spanish (a la que se añadirían en 1944 los estudios portugueses) y ese mismo año apareció el primer número del órgano de la Asociación, la revista *Hispania. A Journal Devoted to the Interests of Teachers of Spanish*. A ese respecto, véase el significativo artículo del primer presidente de la Asociación, Lawrence Wilkins, "Spanish as a Substitute for German for Training and Culture" (1918).

6 El autor quiere hacer constar su agradecimiento a Catherine y Christopher Bell por los documentos y fotografías facilitados.

de carácter necrológico, como la síntesis de Griswold Morley (1950), la semblanza más profunda y personal de E. Allison Peers (1950), la nota anónima aparecida en el *Anglo Portuguese News* (1950)⁷, la que le dedicó García Blanco en la *Revista de Filología Española* (1950) o el artículo homenaje de Buchanan (1953), documentos que han sido asimismo utilizados en la reciente tesis de licenciatura de Katarzyna Benmansour (2011) sobre el libro *In Portugal* (1912).

Por todos esos documentos sabemos que Aubrey Fitz Gerald Bell nació el 20 de agosto 1881 en Muncaster, Cumberland, y que estuvo vinculado a la nobleza por su madre, Katherine Fitzgerald, y al mundo académico por su padre, Henry Bell, director del Marlborough College y canónigo de la Catedral de Carlisle. Educado en su propio hogar, Bell pasó desde su infancia largas temporadas en Saint Jean de Luz, donde la familia poseía una casa, *Eskileneea*, a la que estuvieron estrechamente ligados todo sus miembros durante varias generaciones. Fue allí donde se inició el interés del futuro hispanista por las culturas ibéricas y donde, gracias al reverendo Wentworth Webster (el autor de *Basque Legends*), aprendió la lengua vasca, de la que llegaría a ser un buen conocedor. Las dotes de Bell para las lenguas se pondrían igualmente de manifiesto al cursar Estudios Clásicos en Oxford (Keble College) y debieron serle de utilidad en su primer empleo, como bibliotecario auxiliar en la sección de libros impresos del Museo Británico entre 1905 y 1908. De los años siguientes datan dos libros de poemas, *Songs of Rest* (1911) y *In Grey and Gold* (1913), que dan fe de una vocación poética de largo recorrido que habría de manifestarse años más tarde en *The Soul's Journey* (1928) y para la que el autor se sirvió siempre del seudónimo “A. F. Gerald”⁸.

Sabemos que, desde 1908 al menos, Bell residía en una pequeña casa con jardín en la localidad de São João do Estoril y que desde 1909 se ganaba la vida como corresponsal en Portugal del *Morning Post*, diario cuya ideología monárquica y conservadora, compartida por el propio hispanista, habría de ocasionarle más de un contratiempo con las autoridades de la recién nacida República Portuguesa, hasta el punto de acabar siendo arrestado en 1912 por sospechas de espionaje para la causa monárquica.

Establecido definitivamente en Portugal, Bell llevó una vida apartada e independiente, incluso de los ámbitos académicos, pues, a pesar de su profundo conocimiento de las literaturas peninsulares, jamás ejerció la docencia⁹. En lugar

7 Bajo el subtítulo “Sr. Álvaro of Manique”, la necrológica contiene en su mayor parte una semblanza cuyo autor (que firma “A correspondent”) debió haber tratado a Bell íntimamente, a juzgar por los detalles que aporta.

8 El autor utilizaría aún otro seudónimo, “Álvaro Giráldez”, para la edición del *Auto de la Sibila Casandra* de Gil Vicente que publicó en Madrid en 1921 y para la selección de Fray Luis que publicó la Editorial Gredos en 1942.

9 Tal como señala Peers, “[Bell] would never consent to give a public lecture or even to talk

de ello, se ganó modestamente la vida publicando artículos y libros de naturaleza muy diversa, desde guías de viajes a biografías como la que es objeto de este estudio. Bell colaboró asiduamente en publicaciones como *Anglo-Portuguese News*, *The Athenaeum*, *Fortnightly Review*, *The Morning Post*, *The Outlook*, *Queen* o *The Times Literary Supplement*, y publicó asimismo diversas traducciones del portugués como *Lyrics of Gil Vicente* (1914), *Four Plays of Gil Vicente* (1920), *The Relic*, de Eça de Queiroz y *A History of Iberian Civilization* de Oliveira Martins. Del español tradujo a Fray Luis en *Lyrics of Luis de Leon* (1928) y a Baroja en *The Lord of Labraz* (1926) y *The Tree of Knowledge* (1928), incluyendo además numerosas traducciones propias en libros como *The Magic of Spain* (1912), *Portuguese Literature* (1922) o *Poems from the Portuguese* (1913).

Sus numerosas publicaciones le permitieron llevar una vida apartada y austera, en la que, junto con su pasión por los libros, logró hacer sitio también para la que fue siempre su principal afición: el cultivo del jardín y la huerta¹⁰. Bell mantuvo este modo de vida hasta 1933, año en que, a causa precisamente de la extrema austeridad de sus costumbres, enfermó y fue ingresado en el Hospital Británico de Lisboa. Allí conoció a una enfermera escocesa, Barbara Lindsay Wilkie, con la que se casó poco después y con la que tuvo dos hijos, Alan y Gerald Bell, nacidos igualmente en Lisboa. La familia tuvo su residencia permanente en la localidad de Manique de Baixo, donde el autor era conocido por sus convecinos como el “Sr. Alvaro de Manique de Baixo” y donde llevó desde entonces una vida menos austera, aunque, a juzgar por la semblanza de Peers, no menos independiente y retirada que la que había llevado en São João do Estoril.

Con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la caída de Francia, el autor decidió trasladarse con su mujer y sus hijos a Canadá, lo que le obligó a desprenderse de sus libros, que finalmente vendió al Instituto Español de Lisboa. Poco antes de abandonar el país fue nombrado caballero de la Ordem Militar de Sant'Iago da Espada, una distinción concedida por el gobierno portugués a científicos y artistas destacados que el autor añadía al doctorado honoris causa por la Universidad de Coimbra que le había sido otorgado anteriormente.

Instalado primero cerca de Toronto y después en Victoria, Bell pudo continuar desarrollando su labor como investigador gracias en parte a la venta del resto de sus libros a la University of British Columbia, que, a cambio, le permitió el

informally to a group of students in a classroom. The universities of the United States, like the universities of Great Britain, wooed him continually, but in vain” (137). A propósito de la modestia de sus condiciones de vida, Peers recuerda asimismo un comentario humorístico de su colega y amigo acerca de su apartamento de la Universidad: “I have no University Chair,’ Bell had written to me before I first visited him, ‘and few chairs of any kind” (133).

10 Todavía en 1946, publicó en *The Anglo-Portuguese News* el esbozo de un estudio sobre la flora portuguesa.

acceso directo a los fondos de su biblioteca. Lo más destacable de su producción en Canadá fue sin duda su *Cervantes*, publicado con motivo del cuarto centenario del nacimiento del autor del *Quijote* en 1947¹¹.

Bell murió en Crossways, British Columbia, el 7 de mayo de 1950, después de haber dejado una importante huella en el hispanismo moderno y en la memoria de quienes le conocieron, tal como habría de recordar su amigo E. Allison Peers en el retrato moral con el que cerraba su necrológica:

And he will live as the ideal scholar—the man who cared nothing for rewards, distinctions or the good opinions of others, but only for the work itself. Anyone he trusted might, not merely reprint him, or quote from him, but revise, enlarge or adapt him, provided that, by his so doing, the ends of scholarship were served. And he was generous in other ways than that. He is one of the very few persons of whom I can say that I never knew him speak, or write, uncharitably of anyone. He was completely unselfish—self-regardless, self-forgetting: no adjective can be too strong (137).

Si algo se deduce del anterior perfil biográfico es sin duda la singularidad que presenta la figura de Bell dentro de un colectivo de por sí tan heterogeneo y singular como el que en su época formaban todavía los hispanistas, una singularidad de la que creemos necesario destacar siquiera algunos elementos que, como se verá, resultan además relevantes para entender el libro que nos ocupa.

Efectivamente, la importancia que se otorga en libro tan breve al episodio del fugaz viaje de Montano a Portugal del humanista extremeño tiene que ver sin duda con la dimensión ibérica de la actividad de Bell, “the only British Hispanist who was equally at home in all parts of the Peninsula”, según escribía Peers en su necrológica (134), una condición que, con la excepción tal vez de William Entwistle, se daba en muy pocos hispanistas de su tiempo. Esta doble dimensión del trabajo de Bell no es sólo el resultado de la progresiva acumulación en su trayectoria de numerosos estudios sobre literatura portuguesa y española, sino también de la fascinación que parece haber ejercido sobre el autor la particular dialéctica de semejanzas y diferencias que se da entre ambas culturas peninsulares, tal como hubo de ponerse de manifiesto en algunos de sus libros de viaje, como *A Pilgrim in Spain* (1924), *In Portugal* (1912), *Portugal of the Portuguese* (1917), y sobre todo *Spanish Galicia* (1922). En ese sentido, Bell puede ser considerado tan

11 En una curiosa nota sobre el relato de Raymond Carver “Collectors”, Arthur F. Bethea (2002) alude al *Cervantes* de Bell para explicar, como consecuencia del interés del autor norteamericano por el creador del *Quijote*, el que uno de los personajes del relato en cuestión lleve precisamente el nombre de Aubrey Bell.

legítimamente lusitanista como hispanista. Para Benmansour (20-23), el autor fue sin duda una de las figuras más importantes del siglo XX en el campo de los estudios portugueses, detrás tan sólo de Edgar Prestage (1869-1951). La misma investigadora destaca además la penetración que alcanzó su obra en Portugal por haber residido en el país, y subraya el hecho de que, en comparación, fueran más numerosos sus estudios sobre Portugal que los que dedicó a España, y el que una parte de estos últimos, además, incluyeran asimismo materia portuguesa. Sin embargo, la vocación de hispanista de Bell se ve atestiguada no sólo por el número y la importancia de sus trabajos sobre diferentes aspectos de la cultura española, sino también por lo temprano y profundo de dicha vocación, tal como revela la confesión que Peers recuerda haber recibido del propio autor:

Full of admiration at such productivity, I referred, perhaps with some slight surprise, to this unexpected extension of the field of his activities to Spain. And I remember how he stopped (we were walking along by the sea), and took me by the arm, and how his eyes shone as he said: "Ah, but Spain is my *real* love" (...) and when he went to live in Portugal it was because it was the nearest place to Spain in which he could gain a livelihood. "My *real* work," he said to me, "is going to be on Spain" (133).

Junto a esta dimensión portuguesa, la figura de Bell presenta además otras singularidades que resultan tanto o más importantes para la comprensión del libro que nos ocupa. La primera de ellas es, según se ha mencionado, su voluntaria renuncia a la vida universitaria, que lo sitúa en una posición en cierto modo marginal dentro del hispanismo contemporáneo y que hace de él, en palabras de Peers, un "scholar in the ivory tower" (131) o, tal como lo definiría el autor anónimo de la necrológica del *Anglo Portuguese News*, "a scholar Gypsy". Dicha renuncia le llevará, según ya hemos visto, a ganarse la vida por medios muy diversos, tal como nos recuerda César Domínguez al presentarlo como "not only a historian and literary critic (...) but an ethnographer, geographer, traveller and excursionist" (63). Sin embargo, este perfil no resulta tan infrecuente en la época¹², como señala Sebastiaan Faber en su libro sobre los hispanistas anglosajones y la Guerra Civil:

Even though professionalization was on the rise, especially in the United States, the interbellum Hispanist was still a jack of all trades: traveler, language teacher, text-book writer, scholar, journalist, tourist guide, and, above all, something of a self-appointed ambassador

¹² En su estudio sobre los primeros hispanistas, Read lo presenta, de hecho, como "prototypical British Hispanist of those early decades" (20).

of Spanish culture (...) In many cases, the Hispanist was simply a Hispanophile who had turned his passion into a profession (8).

La última afirmación, tan apropiada, como se verá, en el caso de Bell, viene a recordarnos la importancia que el componente psicológico y afectivo tiene en los orígenes de la trayectoria profesional de no pocos hispanistas, según recuerda en otro lugar el propio Faber:

But how, then do we account for the fact that these same Hispanophiles are also considered the first foreign *Hispanists*- that is, the first recognized experts on things Spanish? (...) Historically, then, Hispanophilia lies at the origin of Hispanism as an academic field, at least as practiced by non Spaniards. And in the same way a developing human embryo quickly speeds through the stages of the species' evolution, it is probably also true that many a foreign Hispanist's individual career, mirroring the evolution of the discipline, originated in a love of the Hispanic world that was less based on knowledge than on fancy (21).

Este patrón de identificación tiene una ascendencia claramente romántica, como románticos son algunos de los primeros que reciben el nombre de hispanistas, mostrando la mayoría de ellos la característica proyección romántica del conflicto entre el sujeto y su medio nativo (nacional y social) sobre un espacio geográfico y cultural ajeno¹³ que acaba siendo considerado como patria alternativa¹⁴. En el hallazgo de esa otra patria está siempre implícito un viaje que, con frecuencia, acaba viéndose investido de sentido espiritual y presentado como peregrinación, tal como, una vez más, ejemplifica cumplidamente el caso de Bell en su inaugural *The Magic of Spain* y, sobre todo, en *A Pilgrim in Spain*¹⁵. Por otro lado, y dentro de coordenadas igualmente románticas, el desplazamiento espacial

13 Benmansour define a Bell como "an exile from his homeland and an exile from society" (23).

14 Resulta particularmente interesante cotejar el caso de Bell con el estudio que hace Faber del de Gerald Brenan, otro hispanófilo convertido en hispanista y refugiado en una vida solitaria en su patria de elección, en este caso la Alpujarra granadina. Para Faber, "Spain was, to a large extent, the embodiment of Brenan's escape from his cultural and class environment. What he appreciated in the country and its people was, first and foremost, how different they were from everything he associated with his family's type of Englishness- not just in terms of culture and values, but also of class and gender. He loved premodern, peasant Spain, in whose worldview and lifestyle he saw embodied a vitality and authenticity that he found lacking at home" (165-6). A ese respecto resultan especialmente interesantes las palabras que Brenan dirige a Ralph Patridge a comienzos de 1936 y que Faber cita en su libro: "Spain is my country, revolution or no revolution" (167).

15 Bell presentará este último libro como "rather a collection of stray notes on Spain than a connected study—of notes from many pleasant hours of Spanish literature and travel, but perhaps of too individual an interest to appear without some apology" (v).

implícito en ese peregrinar a la patria de elección tiene con frecuencia un sentido temporal e histórico, pues su objeto último no es otro que la búsqueda en los países del atrasado Sur de las últimas manifestaciones de la sociedad precapitalista, desaparecida tiempo atrás en los países del Norte de Europa¹⁶. De ese modo, el viaje al Sur es vivido en gran medida por estos hispanistas peregrinos, según señala Read, como un viaje en el tiempo: “The journey to the South becomes a journey into the past” (24). En realidad, se trata de una visión que se encuentra en los orígenes mismos del romanticismo alemán y sobre la que se articula el discurso conservador, monárquico y tradicionalista que anima la particular hispanofilia tanto de Bell como de su amigo Peers, quien, en su necrológica, definió la visión del mundo del primero con una fórmula muy simple: “idealism and traditionalism” (133)¹⁷. Ello explicaría asimismo la admiración que Bell manifestó siempre por Menéndez y Pelayo (con el que coincidió además en otras cuestiones, como, por ejemplo, la consideración del realismo como rasgo principal de la literatura española) e igualmente las airadas reacciones (como la de Américo Castro) que habrían de provocar sus juicios sobre algunos aspectos de la sociedad y la cultura españolas de los Siglos de Oro, como la actuación de la Inquisición.

No obstante, el rigor del conservadurismo de Bell se ve en cierto modo atenuado por el profundo sentido religioso que lo anima, una actitud que Morley vinculó con la personalidad introvertida y “mística” del autor (280), y que, para Peers, estuvo en el origen de su búsqueda de la vida retirada: “his withdrawal from the world was due largely to an unconquerable shyness”¹⁸. Por esa razón, Bell no pudo evitar identificarse con aquellos autores, como Fray Luis o el propio Montano, que mejor personificaban a su juicio la aspiración a la vida retirada, autores a los que se dedicó con la constancia y la devoción de quien entendía el hispanismo no como dedicación profesional, sino como vocación personal y a los que acabaría convirtiendo, de hecho, en objeto de imitación en su propia vida. Peers, que

16 Tal como el propio Bell escribirá en *The Magic of Spain*: “In other countries better communications have corrupted the local manners into a conformity of excellence. In Spain the nature of the country, with its rough mountain barriers and turbulent unnavigable rivers, still protects originality and keeps the character of the provinces distinct (...) This does not make for material prosperity, but it constitutes a country of the picturesque and unexpected, a country where imagination is not dead, and where the artist and poet find their true home” (ix).

17 Así lo resume Benmansour al referirse al caso de Bell: “He was a solitary figure and wanderer who followed the example of the Romantic travellers whose experience in the unfamiliar environment evoked perpetual musings, meditations and reflections on socio-political events, geography or history. Romantic was also Bell’s nostalgia for the past, the disappearing “organic society”, rural values, as well as old-fashioned patterns and life-styles” (18-19).

18 La misma identificación entre la vocación de hispanista y la propensión mística de Bell fue destacada por García Blanco en su necrológica: “No fue sólo un erudito severamente formado ni un lector afanoso de nuestras letras peninsulares, sino que también acertó a asimilarse el alma del pueblo español, hasta en esa fibra mística que tan de acuerdo estaba con su propio espíritu” (395).

recordaba la delectación de Bell al aludir en *Luis de León* a “the quiet lives of many scholars, among their books and flowers” (136) evocaba así la casa de su amigo en São João do Estoril: “his white house surrounded by its white wall, far removed indeed from the ‘mundanal ruido’” (136). Finalmente, el particular ascetismo que sabemos que Bell practicó no deja de recordarnos al de algunos de los autores a cuyo estudio se dedicó, tal como nos muestra de nuevo Peers:

I found him living the life of a hermit, in conditions completely devoid of comfort. He slept on a plank bed, did all his own work, bought for himself the meagre provisions on which he seemed to thrive and spent the whole of such time as he could spare from his work in Lisbon in the company of his large and continually growing collection of books (132)¹⁹.

Así pues, la aspiración a la vida retirada, el ascetismo en las costumbres (que confirma además algún pasaje de la necrológica del *Anglo Portuguese News* sobre sus hábitos alimentarios²⁰) o, finalmente, la bibliofilia a la que aludía Peers²¹ nos permiten completar un significativo cuadro de afinidades personales entre el autor y Montano que no se debe pasar por alto a la hora de acercarnos al libro que nos ocupa.

Bell tenía, efectivamente, motivos sobrados para sentir interés por la figura de Arias Montano, pero es necesario aclarar que si el hispanista británico se acercó al humanista extremeño fue en gran medida gracias al interés mayor aún que despertaba en él la figura de Fray Luis de León, a quien había dedicado ya en *The Magic of Spain* un capítulo completo (“The Spanish Inquisition”) en el que Montano sólo aparecía aludido brevemente (173). El interés de Bell por Fray Luis, apreciable dentro de la biografía de Montano en la recreación de las polémicas universi-

19 La reseña anónima del *Anglo Portuguese News* atribuye alguna de estas austeras costumbres al episodio de su arresto en 1912: “Moreover, he found he could sleep perfectly well on a plank couch and made a mental note that as soon as he returned home he would install one and save himself the extra trouble of making his own bed” (6).

20 A partir de la reseña anónima del *Anglo Portuguese News*, Benmansour nos describe la rutina diaria del autor en términos que presentan sin duda un gran interés a la luz del libro sobre Montano: “The author had set up certain routines that he would faithfully follow every day. He would start the day between sunrise and 8 o’clock in the morning tending his garden, and then he would seat himself in a chair contemplating and appreciating his work. In the meantime he would prepare his main meal by throwing various kinds of vegetables from his own garden into a large pot that would take hours in the oven before he would finally eat it at sunset. After the meal, he would take a few hours’ *siesta* to be ready to work at midnight over his new book, essay or publication” (13).

21 “Those books! Even after nearly thirty years the picture of them is as clear as ever. They filled every room of that little house: they were crammed into bookcases, heaped on the floor, stacked on window sills, piled on the landing. Only the stairs were free from them” (132).

tarias con León de Castro y en el capítulo final dedicado a la vida retirada, dará como resultado tres años más tarde su conocido *Luis de León* (1925), “the greatest book written by a British Hispanist within living memory” (135) en opinión de Peers, quien habría de afirmar asimismo que el libro, al que consideraba “his main work in life” (136), había situado a Bell en primera fila entre los hispanistas de su tiempo (135). El *Luis de León* de Bell habría de tener una mayor repercusión que el libro de Fitzmaurice-Kelly publicado en 1921 en la misma colección de la Hispanic Society, pues no se trataba de una simple biografía divulgativa, sino de un estudio exhaustivo y documentado de casi cuatrocientas páginas.

En comparación con su libro sobre Fray Luis, el *Benito Arias Montano* se ve muy limitado por el carácter divulgativo y el formato de la biografía breve que era característicos de las “Hispanic Monographs and Notes”, formato que el autor había venido cultivando desde las semblanzas de sus *Portuguese Portraits* (1917) y que se había visto obligado a modificar en los tres libros que había publicado el año anterior en la misma colección: *Baltasar Gracián*, *Fernam Lopez* y *Gil Vicente*. La estructura de estos tres estudios responde a un mismo modelo trimembre constituido por una bibliografía básica, una breve semblanza biográfica y un estudio de la obra de cada autor. Pero en el caso de Montano y debido al hecho de no ser éste autor de una obra literaria relevante en castellano, Bell concibe su estudio básicamente como una biografía comentada, lo que vendría a explicar la ausencia en el texto de alusiones a la obra del propio Montano, el cual es presentado por el hispanista británico en sus más diversas facetas, desde sus orígenes familiares hasta el retiro final en la Peña, pero a cuyas obras encontramos pocas alusiones en todo el texto.

Tal como reconoce en la somera bibliografía montaniana con la que se inicia el libro, Bell se basa en dos fuentes principales: por un lado, la biografía de Tomás González Carvajal y, por otro, los *Documentos inéditos*, referencias a las que añade tan sólo el artículo de Beer sobre la compra de libros para El Escorial y la biografía que Carlos Doetsch había publicado dos años antes, si bien admite no haberla leído²². Esta última obra (que bien podría ser considerada la primera monografía sobre Montano) no puede ser pasada por alto al estudiar el libro que nos ocupa, por haber sido publicada en fechas muy próximas a la aparición de éste²³. Su autor, empresario ligado a la minería y las finanzas onubenses, había vivido durante años en las proximidades de la Peña²⁴, y fue esa circunstancia, unida al deseo de

22 En las notas al texto el autor mencionará además el libro de Fitzmaurice Kelly sobre Fray Luis (1921) y el artículo del P. Guillermo Antolín sobre la Biblioteca de El Escorial (1921).

23 Hänsel lo considera el primer intento de descripción no sistemática de la vida del autor (1991, 171).

24 Carlos Doetsch (1870-1951) era sobrino del empresario Henry Doetsch, quien, junto con Hugh Matheson y Guillermo Sundheim, había fundado en 1873 la Rio Tinto Company. En 1902, contrajo matrimonio con una hija de Sundheim, Justa Sundheim de la Cueva, recibiendo más tarde

proponerlo como modelo a sus paisanos y contemporáneos, lo que, según declara en el prólogo, le movió a escribir sobre Montano²⁵. Doetsch, que no era un investigador profesional (aunque siete años más tarde habría de publicar todavía una valiosa *Iconografía de Benito Arias Montano*), se basó en las mismas fuentes que utilizaría más tarde Bell, pero se limitó a reproducir literalmente las cartas de Montano, interpolando tan sólo algunos comentarios de su mano escritos con estilo pomposo e intención claramente laudatoria²⁶.

Si bien es cierto que Bell cedió también en ocasiones a la tentación apologética, hay que decir que siempre se atuvo al más absoluto rigor científico, aun a pesar del carácter divulgativo de la colección y de la brevedad que ésta le imponía. Así, consciente de tales limitaciones, el autor se expresa en estos términos: “The following notes can hope to present but a slight sketch of the man who in his lifetime was known as the Spanish Jerome”. El libro consiste efectivamente en un conjunto de notas, pero éstas están trazadas con tal maestría que resultan más que suficientes para ofrecernos una visión precisa y ajustada del personaje, a lo que contribuye también sin duda el profundo conocimiento del autor (manifiesto en su *Luis de León* o, más tarde, en *The Spanish Renaissance*) sobre el Renacimiento en España. A ello hay que añadir, además, un estilo llano y un uso de las notas que facilitan notablemente la lectura, tal como destacaron en su día, al recordar sus libros, tanto Morley (que veía en ellos una sólida erudición apoyada en un estilo flexible) (280) como Peers, quien afirmaba: “His books, for all their learning, were so easy to read, and so completely devoid of self-consciousness” (137).

El estudio de Bell tuvo la virtud de dar a conocer la figura de Montano más allá del ámbito estrictamente académico. Aunque no hace prácticamente ninguna aportación original, el libro ofrece en cambio una útil visión de conjunto a partir de fuentes poco accesibles, como lo eran entonces los documentos inéditos y la correspondencia, tal como habría de reconocer William J. Entwistle en la breve reseña que le dedicó y en la que destacaba asimismo la empatía personal del autor con Montano:

In *Benito Arias Montano*, Mr. Bell gives a lucid and sympathetic account of a distinguished Spanish humanist and booklover, who is

del mismo la finca “Villa Onuba”, que, situada en el término de Fuenteheridos, lindaba efectivamente con la Peña.

25 “He entresacado las noticias contenidas en el presente folleto, confiando en que suplirán una falta realmente sentida de tenerlas en un compendio fácilmente accesible; en que servirán a algunas personas de grata lectura y, a los jóvenes estudiantes de estas regiones, ofrecerán el ejemplo de un hombre que debe servirles de estímulo” (1920, 9).

26 Así, por ejemplo, cuando se refiere a los ardidés empleados por Montano para conseguir a buen precio libros para el rey, exclama: “¡Qué ejemplo para los materialistas de nuestros tiempos que en todo sólo buscan el propio provecho particular a costa del prójimo y de su patria!” (1920, 63).

to be valued not merely for his Biblical scholarship and contributions to the library at the Escorial, but for his singularly equable and unenvenomed disposition in a difficult and contentious age. This monograph takes place beside Professor Fitzmaurice-Kelly's *Fray Luis de León* as a neat and convincing demonstration of the profit to be gained by the intelligent reading of the *Documentos Inéditos* (502).

Con todo, la obra no pasaba de ser una síntesis, tal como habría de señalar algunos años más tarde Marcel Bataillon en el capítulo XIV de su *Erasmus et l'Espagne* (1937), al afirmar “Il manque un livre sur cette grande figure. Le *Benito Arias Montano* de Aubrey F. G. Bell (Oxford, 1922), n'est qu'une esquisse” (781), añadiendo a continuación que las fuentes principales seguían siendo González Carvajal y los *Documentos inéditos*. Sin embargo, aunque la repercusión crítica del *Benito Arias Montano* fuera menor que la de otras obras del autor como los citados *Luis de León* o *The Spanish Renaissance*, lo cierto es que se acabó convirtiéndose en una referencia inevitable de la bibliografía montaniana, funcionando de hecho como eslabón entre la obra de González Carvajal (1832) y la tesis de Rekers (1961). En ese sentido, resulta especialmente interesante el juicio que de la obra hace Víctor Infantes en su reseña de una edición facsímil del *Humanae Salutis Monumenta* de 1984, reseña que se inicia, de hecho, con una larga cita del comienzo del *Benito Arias Montano*, al que el crítico se refiere como un “gracioso volumen” en el que Bell recoge “las variopintas noticias vertidas sobre su vida y su obra desde el interés académico de finales del siglo XVII, más lo añadido por la erudición regionalista decimonónica” (256), y cuya consulta, escribe, “se ha hecho clásica entre los interesados por la memoria del ilustre polígrafo” (256). A ello añade: “a partir de él surge un interés y una dedicación más sistemática que la dispersa y emotiva evocación teñida veladamente de homenaje” (256), citando a continuación una lista de distintos trabajos publicados desde los años veinte que encabeza la bibliografía de Morales Oliver de 1928. No obstante, tal juicio quizá resulte exagerado, pues el estudio de Bell no parece haber sido más determinante en la eclosión de bibliografía montaniana de los años veinte que la celebración en 1927 del cuarto centenario del nacimiento del autor, ya que, de hecho, no todos los estudios que se publican en esos años lo citan.

En cualquier caso, haya sido o no decisivo en la evolución de los estudios sobre Montano, el libro de Bell constituye sin duda un hito importante en la bibliografía montaniana, no tanto por los datos nuevos que aportaba cuando fue publicado como por la acertada síntesis que hacía de los ya disponibles en ese momento, síntesis que, pese a las limitaciones de su formato, contribuyó sin duda a dar a conocer a Montano y a recordar su importancia en la cultura española de su tiempo.

OBRAS CITADAS

- “Correspondencia del Doctor Benito Arias Montano con Felipe II, el secretario Zayas y otros sugetos, desde 1568 hasta 1580”. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* 41 (1862): 127-418.
- Anónimo. “A scholar Gypsy. The Late Aubrey F.G. Bell”. *Anglo Portuguese News* 27-5-1950: 5-6.
- Antolín, P. Guillermo. “La Real Biblioteca del Escorial”. *La Ciudad de Dios* 126 (1921): 104-136.
- Bataillon, Marcel. *Erasmé et l’Espagne*. Paris: E. Droz, 1937.
- Beer, Rudolph. “Niederländische Bücherwerbungen des Benito Arias Montano für den Eskorial im Auftrage König Philipp II von Spanien”. *Jahrbuch der kunsthistorischen Sammlungen des allerhöchsten Kaiserhauses* 25 (1905): 1-11.
- Benmansour, Katarzyna. *In Portugal (1912): Aubrey Bell’s depiction of Portuguese society under the First Republic*. Tesis de Licenciatura. Universidade Nova de Lisboa, 2011.
- Berger, Mark T. *Under Northern Eyes: Latin American Studies and US Hegemony in the Americas, 1898-1990*. Bloomington: Indiana University Press, 1995.
- Bethea, Arthur F. “Carver’s ‘Collectors’”. *Explicator* 61.1 (2002): 54-55.
- Buchanan, M.A. „Aubrey Fitz Gerald Bell“. *Portugal and Brazil, An Introduction, Made by friends of Edgar Prestage and Aubrey Fitz Gerald Bell In Piam Memoriam*. Eds. H.V. Livermore y W.J. Entwistle. Oxford: Clarendon Press, 1953. 15-27.
- Codding, Michael. “Archer Milton Huntington: Champion of Spain in the United States.” *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*. Ed. Richard L. Kagan. Urbana: University of Illinois Press, 2002. 142-170.
- Doetsch, Carlos. *Benito Arias Montano; extractos de su vida*. Madrid: Blass y Cía., 1920.
- . *Iconografía de Benito Arias Montano*. Madrid: Blass y Cía., 1927.
- . “La Peña (retiro predilecto de Montano)”. *Revista Española de Estudios Bíblicos* (Homenaje a Arias Montano) 3.25 (1928): 155-179.
- Domínguez, César. “Historiography and the Geo-literary Imaginary. The Iberian Peninsula, between Lebensraum and espace vécu”. Eds. Aseguinolaza, Fernando Cabo, Anxo Abuín Gonzalez y César Domínguez. *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula* I. Amsterdam: John Benjamins, 2010. 63-132.
- Entwistle, W. J., “Bell, Aubrey F. G., Benito Arias Montano”. *Modern Language Review* 18 (1923): 502.
- Faber, Sebastiaan. *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment, and Discipline*. New York: Palgrave Macmillan, 2008.
- Fernández, James D. “‘Longfellow’s Law’ The Place of Latin America and Spain

- in U.S. Hispanism, circa 1915". *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*. Ed. Richard L. Kagan. Urbana: University of Illinois Press, 2002. 122-141.
- Fitzmaurice-Kelly, James. *Fray Luis de León*. Oxford: Oxford University Press, 1921.
- García Blanco. "Necrología. Aubrey Fitz Gerald Bell (1881-1950)" *Revista de Filología Española* 34 (1950): 393-5.
- González Carvajal, Tomás. "Elogio histórico del Doctor Benito Arias Montano". *Memorias de la Real Academia de la Historia* 7 (1832): 1-199.
- Hänsel, Sylvaine. *Der spanische Humanist Benito Arias Montano (1527-1598) und die Kunst*. Münster: Aschendorff, 1991.
- Infantes, Victor. "Humanæ Salutis Monumenta". *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica* 8 (1989): 255-9.
- Morley, S. Griswold. "Necrology. Aubrey Fitz Gerald Bell (1881-1950)". *Hispanic Review* 18:3 (1950): 280-281.
- Peers, E. Allison, "Aubrey Bell: A Memoir". *Bulletin of Hispanic Studies* 27.107 (1950): 131-137.
- Proske, Beatrice G. *Archer Milton Huntington*. New York: Hispanic Society of America 1963.
- Read, Malcolm K. *Educating the Educators: Hispanism and its Institutions*. Newark: University of Delaware Press, 2003.
- Rekers, Ben. Benito Arias Montano, 1527-1598. *Studie over een groep spiritualistische Humanisten in Spanje en de Nederlanden, op Grond van Hun Briefwisseling*. Amsterdam, 1961.
- Sutcliffe, Peter H. *The Oxford University Press: An Informal History*. Oxford: Oxford University Press, 1978.
- Wilkins, Lawrence. "Spanish as a Substitute for German for Training and Culture". *Hispania* 1.4 (1918): 205-21.

OBRAS DE AUBREY FITZ GERALD BELL

- . Bell, Aubrey F.G. *Songs of Rest*. A. F. Gerald. Oxford/London: Simpkin, Marshall & Co./ B. H. Blackwell, 1911.
- . *In Portugal*. London: New York: John Lane, 1912.
- . *The Magic of Spain*. London/New York: John Lane, 1912.
- . *In Grey and Gold*. A. F. Gerald. Oxford/London: Simpkin, Marshall & Co/ B. H. Blackwell, 1913.
- . *Poems from the Portuguese*. Oxford: B.H. Blackwell, 1913.
- . *Lyrics of Gil Vicente*. Translated by Aubrey F. G. Bell. Oxford: B.H. Blackwell, 1914.

- . *Studies in Portuguese Literature*. Oxford: B.H. Blackwell, 1914.
- . *Portugal of the Portuguese*. New York: Charles Scribner's Sons, 1915.
- . *Portuguese Portraits*. Oxford: B.H. Blackwell, 1917.
- . *Gil Vicente's "Auto da alma."* Cambridge: Cambridge University Press, 1918.
- . ed. *Comédia Eufrosina* de Jorge Ferreira de Vasconcellos. Lisboa: Academia das Ciências, 1918.
- . ed. *Four plays of Gil Vicente*. Cambridge: Cambridge University Press, 1920.
- . ed. Gil Vicente. *Auto de la sibila Casandra*. Ed. de Álvaro Giráldez. Madrid: Imp. Clásica Española, 1921.
- . *Baltasar Gracián*. Oxford: Oxford University Press, 1921.
- . *Fernam Lopez*. Oxford: Oxford University Press, 1921.
- . *Gil Vicente*. Oxford: Oxford University Press, 1921.
- . *Benito Arias Montano*. Oxford: Oxford University Press, 1922.
- . y Joaquim Martins Teixeira de Carvalho, eds. *Comédia Eufrosina* de Jorge Ferreira de Vasconcellos. Coimbra: Imprensa da Universidade, 1922.
- . *Portuguese Bibliography*. Oxford: Oxford University Press, 1922.
- . *Portuguese Literature*. Oxford: The Clarendon Press, 1922.
- . *Spanish Galicia*. London: John Lane, 1922.
- . *Luis de Camões*. Oxford: Oxford University Press, 1923.
- . *Alguns aspectos da literatura portuguesa*. Trad. de Agostinho de Campos. Paris/Lisboa: Livrarias Aillaud e Bertrand, 1924.
- . *Diogo do Couto*. Oxford: Oxford University Press, 1924.
- . *Gaspar Corre a*. Oxford: Oxford University Press, 1924.
- . *A Pilgrim in Spain*. London: Methuen & Co, 1924.
- . *Luis de León. A Study of the Spanish Renaissance*. Oxford: Clarendon Press, 1925.
- . *Contemporary Spanish Literature*. New York: A.A. Knopf, 1925.
- . *Francisco Sánchez, El Brocense*. Oxford: Oxford University Press, 1925.
- . *Juan Ginés de Sepúlveda*. Oxford: Oxford University Press, 1925.
- . *The Oxford Book of Portuguese Verse, 12th-20th century*. Oxford: The Clarendon Press, 1925.
- . Eça de Queiroz. *The Relic*. Translated from Portuguese by Aubrey Bell. New York: A.A. Knopf, 1925.
- . Pío Baroja. *The Lord of Labraz*. Translated from Spanish by Aubrey Bell. New York: A.A. Knopf, 1926.
- . *Luis de León. Un estudio del Renacimiento Español*. Barcelona: Araluce, 1927.
- . Francisco de Holanda. *Four Dialogues on Painting*. Translated by Aubrey Bell. London: Oxford University Press, 1928.
- . *The Lyrics of Luis de León*. With English renderings by Aubrey Bell. London: Burns, Oates and Washbourne, 1928.
- . Pío Baroja. *The Tree of Knowledge*. Translated from Spanish by Aubrey Bell.

- New York: A.A. Knopf, 1928.
- . *The Soul's Journey. A Sonnet Sequence*. A. F. Gerald. Watford : Voss & Michael, 1928.
 - . Gil Vicente. *The Ship of Hell. (The Ship of Purgatory.-The Ship of Heaven.)* English version by A. F. Gerald. Watford : Voss & Michael, 1929.
 - . *Notes on the Spanish Renaissance*. Paris: C. Klincksieck, 1930.
 - . J. P. de Oliveira Martin. *A History of Iberian Civilization*. Translation by Aubrey Bell. London: Oxford University Press, 1930.
 - . *Four Poets of the Renaissance*. Coimbra: Imprensa da Universidade, 1930.
 - . *A literatura portuguesa: (história e crítica)*. Coimbra: Imprensa da Univ. 1931
 - . C. M. Bowra y William J Entwistle. *Da poesia medieval portuguesa*. Translated from English by Álvaro Dória. Coimbra: Imprensa da Universidade, 1932.
 - . *O humanista Dom Jerónimo Osório*. Translated from English by Álvaro Dória. Coimbra: Imprensa da Universidade, 1933.
 - . *Luis de Camoes*. Pôrto: Livraria Editora Educação Nacional 1936.
 - . *A mirror of Portugal: Lyrics and Plays of Gil Vicente*. London: A.W. Lawrence, 1937.
 - . *Castilian Literature*. Oxford: Clarendon Press, 1938.
 - . António de Oliveira Salazar. *Doctrine and Action. Internal and Foreign Policy of the New Portugal, 1928-1929*. Translated from Portuguese by R. Edgar Broughton and Aubrey Bell. London: Faber & Faber Ltd. Santos, 1939.
 - . *Estudos Vicentinos*. Trad. de Álvaro Dória. Lisboa: Imprensa Nacional, 1940.
 - . *Damião de Góis, um humanista português*. Lisboa: Império, 1942.
 - . Fray Luis de León. *Libro de Oro: Guía de vida cristiana: pensamientos, máximas y consejos escogidos del maestro por Álvaro Giráldez... traducidas del latín por José López Toro*. Zaragoza: Ebro, 1942.
 - . *Fernão Lopes*. Lisboa: Edição da revista "Ocidente, 1943.
 - . *El Renacimiento Español*. Zaragoza: Ebro, 1944.
 - . *Literatura Castellana*. Editorial: Barcelona Edit. Juventud, 1947.
 - . *Cervantes*. Norman: University of Oklahoma Press, 1947.
 - . *The Ship of Hell*. Lisboa: Agencia Geral do Ultramar Divisão de Publicações e Biblioteca, 1954.
 - . *Galicia vista por un inglés*. Vigo: Ed. Galaxia, 1994.
 - . *El Renacimiento Español*. Estudio preliminar de Rafael Malpartida. Facsímil de la edición de 1944. Málaga: Universidad de Málaga, 2004.

ESTA EDICIÓN

La traducción ha pretendido respetar en lo posible el formato y el estilo del original, efectuándose tan sólo algunas modificaciones en la sintaxis y la distribución de párrafos. Se han conservado las abreviaturas y símbolos utilizados originalmente por Bell, así como la transcripción hecha por éste de los documentos originales. Las citas españolas traducidas se han sustituido por el original español; cuando este último estaba inserto en el texto (habitualmente en las notas) se ha dejado en su lugar tan sólo la correspondiente referencia; cuando faltaba, se ha buscado en las dos principales fuentes del libro, el estudio de Carvajal y los *Documentos inéditos*, adaptando la transcripción a los criterios utilizados por Bell. Finalmente, los vocablos y frases que figuran en español en el original inglés, donde aparecen marcados en cursivas, pierden éstas o, si se trata de citas, van entre comillas. Tanto en las traducciones como en los fragmentos en español del original sólo figura la referencia cuando también está presente en el texto de Bell.

Además de erratas y transcripciones defectuosas, se ha corregido un error evidente. Se trata del desplazamiento de notas que se da en el original a partir de la número 17, cuyo texto no aparece en el cuerpo de notas, hasta la 26, donde, por un error de signo contrario (esto es, por la inclusión en el cuerpo de una nueva nota sin la correspondiente llamada en el texto) se acaba recuperando el emparejamiento original hasta el final del texto, circunstancia por la que dicho desplazamiento debió pasar desapercibido a editores y correctores.

BENITO ARIAS MONTANO

AUBREY F. G. BELL

PREFACIO

La figura de Benito Arias Montano, uno de los grandes humanistas del siglo XVI, editor que fue de la célebre Biblia Políglota de Amberes y buen amigo de Fray Luis de León, merecería sin duda una biografía amplia y exhaustiva, y ello no sólo por sus méritos o por el interés de la época en que le tocó vivir, sino también por la gran variedad de asuntos en los que intervino en representación de quien fue su señor, el rey Felipe II. Las siguientes notas, sin embargo, apenas aspiran a ofrecer un esbozo de la vida de quien llegaría a ser conocido en su tiempo como el Jerónimo español¹. Tomás González Carvajal publicó en su día, en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, vol. 7 (1832), pp. 1-199, una breve biografía acompañada de setenta y siete documentos bajo el título “Elogio histórico del Doctor Benito Arias Montano” (en adelante Carvajal). Su actividad como coleccionista de libros en Flandes fue ampliamente estudiada por R. Beer en un artículo publicado en el *Jahrbuch der kunsthistorischen Sammlungen des allerhöchsten Kaiserhauses*, vol. 25 (1905), pp. 1-11: “Niederländische Bücherwerbungen des Benito Arias Montano für den Eskorial im Auftrage König Philipp II von Spanien”. Algunas de sus cartas, escritas entre los años 1568 y 1580, fueron publicadas en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vol. 41 (1862), pp. 127-418, con el título “Correspondencia del Doctor Benito Arias Montano con Felipe II, el secretario Zayas y otros sugetos, desde 1568 hasta 1580” (en adelante *Documentos inéditos*). Recientemente ha aparecido, en español, un trabajo de C. Doetsch sobre Arias Montano, pero, al no haberme sido posible consultarlo, no puedo decir si ofrece o no una relación veraz de la vida del gran erudito español.

¹ Carvajal, Documento 65, p. 182: “A quien por otro nombre la Universidad de Alcalá le dió el título de el Gerónimo Español por sus muchas letras y erudicion”; ib., p. 184: “Fuit unus ex Patribus Concilii Tridentini nominatusque in eo secundus maximus Hieronimus”. Lope de Vega lo llama “un Jerónimo español” (*Biblioteca de Autores Españoles*, vol. XXXVIII, p. 236).

Las fechas del nacimiento y la muerte de Benito Arias Montano coinciden significativamente con las de Felipe II. El que habría de acabar convirtiéndose en capellán del rey nació en el año 1527² en Fregenal de la Sierra, villa perteneciente a la diócesis de Badajoz, donde sus padres, hidalgos establecidos allí desde antiguo, poseían algunas propiedades³. Su padre, Benito Arias Montano, que fue relator o notario del Santo Oficio⁴, prestó siempre gran atención a la educación de su hijo. Este estuvo matriculado en Filosofía en la Universidad de Sevilla entre 1546 y 1547, aunque parece bastante probable que ya en fechas anteriores hubiera seguido otros estudios en la misma ciudad, a la cual, de hecho, consideró siempre su

2 “Obiit Hispali anno MDLXXXIX” se afirma en uno de los documentos recogidos por Carvajal (p. 184), donde no se especifica la edad que tenía. Su testamento, sin embargo, está “escrito de mi mano y firmado de mi nombre en mi heredad y casa de Campo de Flores, fecho y acabado en veinte y ocho de Junio de mil y quinientos y noventa y ocho, víspera de San Pedro y San Pablo, y año de setenta y uno de mi edad” (Carvajal, p. 198). El 9 de noviembre de 1568 se presentaba a sí mismo “con cuarenta y tres años de vida” (*Documentos inéditos*, p. 135), mientras que el 10 de octubre de 1579 decía llevar “cincuenta y tres años a cuestras” (ib., p. 408), de lo que se debería inferir que nació entre el 10 de octubre y el 9 de noviembre de 1525. Pero tales declaraciones no son necesariamente fiables. Plantino, por ejemplo, llegó a dar hasta tres fechas diferentes para su propio nacimiento.

3 Todos los testigos que fueron interrogados acerca del linaje y condición de Montano antes de su ingreso en 1560 en la Orden de Santiago dijeron que sus antepasados “no pecharon”. De ellos, uno declaró que de su familia se decía que eran “hijos-dalgo montañeses” (según Nicolás Antonio, el apellido Montano tenía su origen en el propio topónimo de Fregenal de la Sierra), y otro que “decían [personas viejas] que eran Montañeses”. En relación con el nombre de su madre, dos de los testigos declararon que creían que era Isabel Gómez; otros cuatro no pudieron recordarlo, y uno de ellos sólo dio el de su padre, pero mencionando también el de su hermano: Juan Arias de la Mota. Sólo uno de los testigos dijo saber el nombre con seguridad: “su madre se llamaba Francisca Minhoca”, y ese testigo, el sacerdote Ruy Gonzalez Granero, declaró además que era pariente suyo (Carvajal, pp. 123-31, Documento 1). Esta afirmación debería haber dejado resuelta la cuestión, aunque, ante las dudas que plantea el apellido Minhoca, se ha llegado a sugerir el de Martínez Boza [o tal vez Mota]. El testimonio en cuestión debería asimismo llevarnos a aceptar el de Francisca como nombre de pila, al igual que debería aceptarse que tanto su padre como su madre habían muerto ya en 1560. Pero en una carta del 11 de febrero de 1569, Montano hace alusión a la muerte reciente de “mi señora Doña Isabel, mi madre” (*Documentos inéditos*, p. 142). En la misma carta y en otros lugares, el autor se refiere asimismo a quienes llama “mis hermanos”, aunque sabemos que uno de los testigos del interrogatorio de 1560 declaró que, de los tres hijos de Benito Arias, tan sólo sobrevivieron dos: Benito y Juan. Tales afirmaciones podrían tener sentido solamente en el caso de que Doña Isabel Gómez fuera en realidad su madrastra y las palabras “mis hermanos” se refirieran al Licenciado Juan Arias y a su esposa.

4 El propio Montano fue también en su juventud consultor y notario del Santo Oficio (Carvajal, Documento 1 [1560]).

segundo hogar, hasta el punto de firmar a menudo sus obras añadiendo “Hispalensis” a su nombre. De Sevilla pasó Montano a la Universidad de Alcalá, donde obtuvo el grado de Bachiller en Artes y donde sabemos que estuvo matriculado en dos cursos de Teología entre 1551 y 1552, año este último en el que fue además coronado (*laureatus*) como poeta. Es probable que continuase sus estudios en Alcalá algunos años después de 1552 y antes de su ingreso en 1560 en el famoso convento de San Marcos de León, perteneciente a la Orden de Santiago. En cualquier caso, y aunque hasta 1571 no publicó su primera obra, parece que antes de abandonar Alcalá gozaba ya de una gran reputación. A ese respecto hay que recordar la atribución a Montano de una carta contra los jesuitas dirigida al rey en febrero de 1551, atribución deducida probablemente de las invectivas que habría de lanzar años más tarde contra la orden en la introducción de la Biblia Políglota. En 1562 fue elegido para acompañar al obispo Ayala en el Concilio de Trento, donde hubo de dar numerosas muestras de su gran inteligencia y erudición. En 1566, Felipe II lo nombró capellán y, dos años más tarde, lo eligió finalmente para supervisar la nueva edición de la Biblia Políglota.

La Biblia Complutense del Cardenal Cisneros, impresa por Arnaldo Guillén en Alcalá, se había convertido en un libro extraordinariamente difícil de encontrar, y los pocos ejemplares que se conservaban (un número importante se había perdido en el mar al ser enviados a Italia) se vendían a precios exorbitantes⁵. El famoso impresor francés Christophe Plantin (c. 1520-1589), que llevaba algún tiempo establecido en Amberes, se había mostrado dispuesto a emprender el trabajo a condición de que Felipe II le adelantase la suma de seis mil ducados. El rey envió a su capellán a Alcalá para consultar la decisión con los teólogos de la Universidad y, finalmente, con la aprobación de éstos y la del Santo Oficio, aceptó la oferta. El 25 de marzo de 1568 encargó al propio Montano que se desplazase a Flandes y le otorgó a tal efecto un salario anual de trescientos ducados, que venían a sumarse a los ochenta mil maravedís que percibía ya como capellán⁶. Montano

5 Carvajal, Documento 20: “por haberse perdido en la mar una gran multitud dellas llevándolas a Italia” (Carta de Felipe II al Duque de Alba, 25 de marzo de 1568).

6 Sabemos que diez años más tarde, en 1578, los 300 ducados que Arias Montano llevó a Lisboa valían 112.500 maravedís, por lo que podemos deducir que el autor percibía en ese momento alrededor de 200.000 maravedís al año. Los 300 ducados o escudos de su sueldo eran de 40 placas, pero el valor de cambio variaba, y así, en sus cartas se refiere a ducados de 46 y de 39 placas, equivaliendo la placa aproximadamente a la cuarta parte de un real. La vida en Flandes era cara, y tanto Albornoz (Carvajal, p. 150) como el Embajador en Roma (Carvajal, p. 161) consideraban que el sueldo de Arias Montano no le daba para vivir. El primero le escribe abiertamente a Zayas: “cierto Vms. se hubieron estrechamente en lo del entretenimiento, que yo juro como christiano que, con darme el Duque de comer para mí y dos criados, que con cincuenta escudos más al mes no puedo vivir”. El Embajador, por su parte, se dirige al rey en estos términos: “Y aunque él no me pidió que yo hiciese el oficio que ahora haré, no puedo dejar de decir a V. M. que es imposible poderse sustentar con los trescientos ducados que se le dan de partido y que sé que él se socorre de parientes

partió llevando consigo una misiva dirigida al duque de Alba y una carta de crédito por valor de seis mil ducados para Jerónimo de Curiel, así como instrucciones muy detalladas acerca de los trabajos de impresión de la Biblia.

Debido a la agitación política por la que atravesaba Francia en aquellas fechas, Montano se vio obligado a viajar por mar, para lo cual pudo conseguir pasaje y manutención gratuitos para él y sus criados, embarcando finalmente en Laredo o en alguno de los puertos de las provincias vascas. Pero tampoco en el mar reinaba la calma, y el autor hubo de acabar su viaje enfermo y solo, expuesto a la inclemente primavera del norte de Europa y perdido en una tierra infestada de herejes, ya que naufragó en la costa de Irlanda y no sólo tuvo que atravesar la mayor parte de esta isla, sino también Inglaterra entera. Las relaciones entre Felipe II e Isabel atravesaban entonces por un momento de especial tensión, pues, desde 1565, Felipe venía apoyando activamente la causa de María Estuardo, mientras que, en el momento en que se produjo el naufragio de Montano, Isabel estrechaba cada vez más sus relaciones con los rebeldes neerlandeses. El 29 de marzo de 1568, Lord Cecil, el secretario de Estado de la Reina, había protestado formalmente por las crueldades del duque de Alba, proclamando además que los soberbios españoles pretendían nada menos que dominar el mundo⁷. Por otro lado, el celo religioso de John Mann, deán de Gloucester y embajador inglés en Madrid, que se permitía llamar papista al rey abiertamente, parecía haberse impuesto a su condición de diplomático, de tal modo que “de embajador se había convertido en perturbador”⁸, dando lugar a que el 6 de abril le fueran finalmente retiradas las credenciales. Mientras tanto, el embajador español en Londres, don Diego Guzmán de Silva, canónigo de Toledo y gran erudito (la reina Isabel le había comentado en alguna ocasión que había oído decir que los sacerdotes en España no sabían latín, pero que él incluso hablaba griego), había sido trasladado a Venecia el 13 de mayo de ese año. En el relato que envía a Felipe II, Montano se refiere despectivamente a los irlandeses como “salvajes” y dice haber pasado por “cosas así naturales como civiles é inciviles que tengo bien de que acordarme y no me pesa de haber pasado por ellas, aunque al presente algunas me fueron trabajosas”⁹.

y de amigos”. Por el propio Montano sabemos que la cantidad mínima en gastos de manutención e indumentaria que era necesaria para sobrevivir estaba en torno a los 45 florines (Véanse *Documentos inéditos*, p. 168).

⁷ Tomás González. *Apuntamientos para la historia del Rey Don Felipe Segundo de España por lo tocante a sus relaciones con la Reina Isabel de Inglaterra*, etc., en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, vol. VII, p. 327.

⁸ *ib.*, pp. 328, 332.

⁹ Carvajal, p. 148, Documento 26: “Si yo hubiera hecho este viage a propósito de reconocer tierras no sé si me hubiera ordenado tan a punto para servir a V. M. en ello como sin pensarlo me sucedió con las peregrinaciones que he hecho, echándome Dios con contrario tiempo y con enfermedad en Irlanda, cuya gran parte corrí acompañado de salvages della, y después, embarcado en

Podemos hacernos una idea de las tribulaciones por las que pasó Montano gracias al relato de otro español, Diego Ortiz de Urizar, que había naufragado cerca de Guatafurda (Waterford) seis años más tarde. Antes de llegar a Waterford, que describe como una ciudad de apenas mil vecinos rodeada por un muro de piedra con diecisiete torres colocadas a intervalos de setenta u ochenta pasos, Urizar declara que fue “saqueado por los ingleses y salvajes de aquella tierra”¹⁰ y que posteriormente hubo de verse en otras circunstancias en que corrieron peligro no sólo su libertad, sino también su vida¹¹. En Oxford, Londres y otros lugares, Arias Montano pudo comprobar que las noticias sobre la proyectada Biblia se le habían adelantado, añadiendo en su relato que, tanto en Inglaterra como en Irlanda, se había encontrado con “un innumerable número” de católicos que apoyaban en secreto al rey de España¹². El 10 de mayo, Montano llegó finalmente a Londres¹³, donde se encontraba todavía Guzmán de Silva, quien no habría de partir hasta diez días después de la llegada de su sucesor, el combativo Guerau (o Gueraldo) de Espés, el 3 de septiembre de 1568. Arias Montano llegó por fin a Flandes el 15 de mayo, y el 18 se encontraba ya en Amberes. Allí fue bien recibido por todos, trabando enseguida amistad con el Duque de Alba, quien, como Gobernador, llegaría a consultarle en importantes asuntos de Estado.

Montano no tardó en iniciar los trabajos que harían de los años sucesivos el período más atareado de una vida tan laboriosa ya de por sí como habría de serlo la suya. Los trabajos de la Biblia dieron comienzo en julio de 1568 y concluyeron en marzo de 1572. En julio de 1569 estaba ya tan avanzada que Montano podía escribirle a Gabriel de Zayas, amigo íntimo suyo y secretario del rey, que

uno de los extremos de aquella Isla, aportando en Inglaterra y travesándole de parte a parte, en los cuales caminos vi y passé cosas así naturales como civiles é inciviles que tengo bien de que acordarme y no me pesa de haber pasado por ellas, aunque al presente algunas me fueron trabajosas”.

10 Tomás González, *op. cit.*, Documento 16, pp. 429-32: “Relacion que hace el capitán Diego Ortiz de Urizar de lo que vió en Irlanda. Diólo a S. M. en Madrid a veinte y dos de Junio de mil quinientos setenta y cuatro”.

11 *ib.*, p. 432: “me quisieron enviar preso al Visorey sino por los naturales de la tierra que le fueron a la mano, y así procuró de apoderarse de mi y matarme, que para ello hicieron sus diligencias así por mar como por tierra”. Urizar ofrece una imagen poco halagüeña de los aliados irlandeses de Felipe II, diciendo de ellos que si comen poco pan, “no es por falta de la tierra... sino que la gente es muy holgazana, enemiga de trabajar, y así lo que siembran cuatro lo vienen a comer ciento, porque el que más puede hurtar al vecino se tiene por más hombre” (*ib.*, p. 430); “cada señorete tiene su torre de piedra puesta y allí se recogen los malhechores y destas torres hay una infinidad” (*ib.*, p. 431). “El Conde de Osmont [cf. p. 274 Dhestmon y p. 316 Desmownd] andaba, a la sazón que yo llegué en la Isla, con cinco o seis mil hombres en compañía y habíase señoreado de algunas tierras y castillos que los ingleses le tenían tomados, que eran suyos de su patrimonio. En este tienen mucha esperanza los católicos” (*ib.*, p. 431). El país no debía estar mucho más apaciguado cuando Montano lo recorrió en 1568.

12 Carvajal, p. 148.

13 Tomás González, *op. cit.* p. 328.

esperaba tenerla terminada en dos años, y dice mucho de la diligencia y buena voluntad que mostraron él y Plantino el que tal empresa se viera rematada en menos de cuatro. La actividad desplegada por Arias Montano en este período resulta verdaderamente asombrosa, sobre todo a la vista de su mala salud. Los rigores del invierno de Flandes hubieron de someterlo a una dura prueba, pues en febrero de 1569 cayó gravemente enfermo con un enfriamiento acompañado de fiebres que hicieron temer por su vida, aunque en todo ese tiempo lo único que le preocupaba era no ser capaz de terminar la Biblia¹⁴, que iba entonces por el final del Pentateuco. En mayo de 1570 cuarenta hombres trabajaban a diario en ella, mientras que al propio Montano le ocupaba unas once horas al día, incluidos los festivos¹⁵. Tanto en Flandes como en otros países, Montano tuvo pronto muchos conocidos y amigos, y hay que decir que un conocido era para él casi tanto como un amigo¹⁶. Además, era siempre consultado en materia de nombramientos eclesiásticos e incluso civiles, habiendo llegado a preparar una lista secreta de los personajes más capacitados de Flandes, a los que conocía personalmente en su mayoría y que, sin saberlo, le debieron en muchos casos sus ascensos. Junto con la impresión de la Biblia, Montano tuvo que supervisar la del nuevo Misal y la del nuevo Breviario, de los que se había concedido el monopolio a Plantino, e igualmente la de los libros de horas y biblias de mano, siéndole encomendadas asimismo otras misiones, como la elaboración de una lista de libros prohibidos¹⁷ (tarea esta que acabó llevándole a Bruselas) o la difícil empresa de distribuir la suma de cuatro mil florines asignada anualmente por Felipe II a los católicos ingleses que vivían pobremente en Flandes¹⁸. Montano se vio obligado además a diseñar él mismo los elaborados grabados con que iban adornadas las distintas portadas de la Biblia¹⁹ y a escribir de su propia mano las cartas en español, ya que los únicos secretarios que pudo encontrar en Amberes hacían una letra “francesilla

14 *Documentos inéditos*, pp. 171-172.

15 *Documentos inéditos*, p. 173: “Puesto que me sea necesario estar cada día once horas estudiando, escribiendo, recorriendo y visitando lo que se hace y ha de hacer, y esto también las fiestas como los otros días”. Cf. p. 135: “A mi no me falta obra ni me sobra tiempo, de manera que aun las fiestas tengo bien que hacer” (9 de noviembre de 1568); p. 187: “tengo bien en que entender” (9 de octubre de 1570); p. 201: “he tenido todos los días once horas de ocupación en estudiar, leer y escribir lo que hacía al propósito de mi misión” (5 de febrero de 1571).

16 *Documentos inéditos*, p. 335: “Tenía ansimismo ó amistad pública ó secreta inteligencia con buenos personajes de todas las vecindades, Lieja, Colonia, Cleves y hasta Alemania, y alguna en París y en Inglaterra”. Cf. pp. 333 y 334.

17 “Aquí se hace un catálogo de libros que se vedan” (Amberes, 4 de marzo de 1569). *Documentos inéditos*, p. 151. Cf. pp. 173-174. Montano pensaba que Erasmo y otros autores debían ser expurgados, pero no condenados en su totalidad.

18 *Documentos inéditos*, pp. 168-171 [1570]. En 1572, tanto el conde de Westmorland como la condesa de Northumberland recibían 200 florines al mes (T. González, *op. cit.*, p. 379).

19 *Documentos inéditos*, p. 143: “Yo hice la invención dellas de carbon y plomo”.

y oscura”²⁰. Finalmente, tuvo también que adquirir y enviar²¹ “en algún buen navío inglés o vizcaíno” y “en buenos cofres”, no sólo libros, sino también distintos objetos para el rey, para Zayas y para otros amigos españoles: tapices, piedras preciosas, pinturas, manuscritos iluminados, papel, gafas, velas, cuero, arquimesas, cortinajes y un crucifijo iluminado.

20 “Para escribir cosas en español no son buenos porque no lo entienden y aun en latin no hacen buena letra sino francesilla y oscura” (*Documentos inéditos*, p. 143).

21 Cf. *Documentos inéditos*, p. 266 (19 de diciembre de 1571): “Quedo empacando dos mill breviaríos”. Como éste pueden encontrarse otros pasajes similares.

II

Montano empleó una buena parte de su tiempo en la adquisición de libros para El Escorial, a los que fue dedicando los seis mil ducados adelantados a Plantino conforme iban siendo devueltos²²; y así, en febrero de 1569, cuando apenas se había recuperado de su enfermedad, marchaba a Breda para examinar una biblioteca que se hallaba en venta. Ciertamente, algunos de los pasajes más pintorescos y animados que encontramos en sus cartas se refieren a la búsqueda de libros para el rey, un asunto en el que Montano puso sin duda un especial interés, teniendo siempre cuidado de no presentarse como comprador y de ocultar el hecho de que los libros fueran en realidad para el monarca. Así se lo comunica al propio rey en una carta fechada en Amberes el 9 de mayo de 1570: “El otoño pasado comencé a hacer visita por las librerías de las abadías destos Estados y hallé mucho destrozo hecho en libros originales, que por negligencia se habian perdido y vendido a libreros y encuadernadores en estos años pasados, y estos eran en todas facultades, y cada dia se disminuían mas; y entendí del ingenio de la gente de por acá que si le pidiese alguna persona grave un solo libro, el menor de todos, comprado ó prestado, no lo darían, pensando ser algún grande tesoro, y por otra parte ví que habian vendido ó perdido grandes piezas de buenos autores. Acordé diferir el cumplimiento de la visita hasta hacer una diligencia que no me ha sucedido mal, de que el Duque está muy contento; y fué disimuladamente enviar a los libreros comarcanos de los monasterios para que comprasen todo lo que pudiesen de libros en pergamino, porque desta manera habriamos algunos para la librería real que V. M^d. instituye en Sant Lorenzo, y ansi me han traído buena suma dellos en tan buen precio que si yo comprara tres dellos de las mismas abadías me costaran mas. Hanme traído cosas de provecho y otras que no sirven más de para pergamino viejo, porque yo dí orden a que se comprase todo, y lo que no es de provecho lo doy a los impresores en el mismo precio casi por que yo lo he comprado de manera que los buenos me salen baratísimos”²³. En la misma carta, Montano dice haber recibido de París (donde el embajador español, Don Francés de Álava, tenía instrucciones de ayudarle en su labor) un catálogo de originales en griego que se hallaban a la venta, “y porque yo no puedo sufrir que

22 Carvajal, p. 143 (Documento 19): “Demas de hacer al dicho Plantino esta comodidad y buena obra es bien que lleveis entendido que desde agora tengo aplicados los seis mill escudos que se le prestan para que como se vayan cobrando del se vayan empleando en libros para el monesterio de San Lorenzo el Real de la Orden de Sanct Hieronimo, que yo hago edificar cerca del Escorial, como sabeis; y asi habeis de ir advertido deste fin e intencion para que conforme a ella hagais diligencia de recoger todos los libros exquisitos asi impresos como de mano, que vos como quien tambien [= tan bien] lo entiende vieredes que serán convenientes para los traer y poner en la librería del dicho mi monesterio, &c”.

23 *Documentos inéditos*, p. 176.

el rey compre más caro que sus vasallos (...) respondí que no eran muy necesarios aquellos libros a V. M^d. empero que yo los tomaría como un estudiante particular y pobre, si me los daban en la tasa que los envié como yo los había comprado en Venecia y en Trento, y en otras partes”. De ese modo, Montano llegó a conseguir por menos de sesenta ducados unos libros por los que se habían llegado a pedir más de ciento veinte. Pero la compra de la que se mostró más satisfecho fue sin duda la de los cincuenta y siete libros (la mayoría manuscritos) que adquirió en Breda y cuya lista se ha conservado²⁴, ya que eran ejemplares que habían sido dedicados por sus autores a diversos antepasados del príncipe de Orange y de los cuales sólo se habían llegado a imprimir unos pocos, y éstos de forma muy deficiente²⁵. Don Francés de Álava había sugerido que, “porque aquí en París salen cada día a la luz muchos libros nuevos de diversas librerías, y podría ser que en habiendo comprado el rey un libro de precio lo imprimieren aquí por otra parte, con lo cual se disminuiría la autoridad y estima de los libros del rey, se podrían imprimir algunos en acabándose de trasladar, diciendo: *Ex nobili et locuplete bibliotheca Philippi Regis*”. Pero al rey no le pareció bien incluir estas últimas palabras, que subrayó en el escrito, añadiendo después al margen: “Ésto no hay para que se haga y así se avise”²⁶. A Montano le preocupó siempre el destino de los libros adquiridos y sugirió que, una vez en El Escorial, fueran depositados aparte y conservados con el mayor esmero²⁷, pues era consciente de su valor y del trabajo empleado en su búsqueda, para la que había podido contar además con la ayuda del siempre diligente Plantino²⁸. El 30 de agosto de 1571 se le ordenó que envia-

²⁴ *Documentos inéditos*, pp. 160-162.

²⁵ *Documentos inéditos*, p. 154.

²⁶ *Documentos inéditos*, p. 194.

²⁷ “Servicio de V. M^d. y provecho grande sería de la librería que V. M^d. mandase hacer en la librería misma una pieza aparte ó atajada con muro ó con reja de madera que fuese como tesoro de los libros originales, porque aquellos han de servir por ejemplares perpetuos y por piedras de toque de la verdad, y no es necesario que esten en la comunidad de los otros que han de estar expuestos al uso de todos los que quisieren estudiar en ellos; y estando así guardados, serán mas estimados en el monasterio y con mas curiosidad consultados de las personas doctas que dellos se quisieren aprovechar, y libros del peligro que suelen tener semejantes originales, que ó los hurtan los que saben qué valor tienen ó los mozos los despedazan por quitarles las iluminaciones ó para el uso del pergamino los despojan. Yo tengo originales que valen mas de mill escudos y no los daría yo por ningún precio para ser quitos dellos. Son hebráicos, griegos, caldeos y latinos, y los tengo mandados en mis testamentos a la librería de los originales de vuestra Majestad. Con una mediana pieza que se apartase en la librería hasta doce cobdos en cuadro ó a proporción desto bastaría. En las librerías de Italia tienen los libros raros en cajas con llaves, cada uno en su caja, y así hacen más venerable la auctoridad del libro” (ib. p. 178).

²⁸ “Usa de gran diligencia y ardid para allegar libros manuscritos originales para la librería de S. M^d. Tiene ya mas de 70 que le han costado la décima parte de lo que a otro se vendieran. Tiene en su poder los que halló en Hausrat y de París le han traído otros griegos. Con estos y los suyos manuscritos, de que piensa hacer heredera la librería de S. M^d., dice se podrán juntar hasta 300,

ra todos los libros, tanto los impresos como los manuscritos, en la flota en la que el duque de Alba regresaba a España, aunque su posterior traslado desde la costa hasta El Escorial no fue precisamente una tarea fácil. Así se lo hizo saber Zayas en una carta fechada el 13 de abril de 1572: “Hasta ahora, no ha llegado aquí cosa ninguna de las que v.m. ha enviado, porque Juan Martínez de Recalde se excusa con que los cofres y líos son tan grandes que ningun recuero los quiere ni puede traer”²⁹. Montano siguió comprando libros para El Escorial mientras estuvo en Italia, tanto en Milán como en Venecia, donde se los habría de confiar al Embajador junto con otros, en griego y en latín, que ya tenía en su poder, todos ellos valiosos y adquiridos a muy buen precio. Pero, contrariamente a lo que les contaría más tarde a los libreros de París, Montano no siempre estuvo de acuerdo con los precios de los libros que le ofrecieron en Venecia, tal como deja entrever el relato que hace a Zayas, en una carta fechada en Amberes el 9 de noviembre de 1568, de cómo, utilizando sus mismas tretas, acabó engañando a un librero: “Estos días pasados me ha sucedido una buena suerte en esta razon, en la cual he servido a S. M^d. como se lo debo, y holgaría que se me ofreciesen otras ansí; y es que un mercader griego de libros originales, al cual yo conocía en Venecia y le había comprado harta suma de libros y bien caros, y el obispo que es ahora de Segovia, Covarrubias, también había comprado del en mill escudos, pasaba por aquí con unos libros que llevaba a la reina de Inglaterra con esperanza de tornar con gran premio, y sucedióle que los soldados enemigos le despojaron en el camino, y llegó aquí con tres compañeros y con sus libros, y sin una placa, y procuró vender dos ó tres libros para pasar adelante; y como pedía tan caro por ellos ninguno osó comenzar a comprarle, y los que deseaban haber algunos me dieron aviso dello para que yo le tomara algunos y hiciera precio para ellos. Yo le hice llamar y como me conoció tomó contento y rogóme le socorriese con dineros hasta Inglaterra y le diese cartas para el embajador de S. M^d. que allí está, que le favoreciese, y para algunos por el camino, porque se temía de mal tratamiento, estando la tierra tan revuelta por acá. Yo le di luego cartas para el embajador, empero púsele la dificultad que había en el viaje y el incierto sucesso que con la reina de Inglaterra ternía estando las cosas de aquella isla en el estado que están y siendo estos libros todos eclesiásticos y católicos salvo algunos philosophicos; y con esta ocasion dije que me los vendiese a mí, y de cuantos le había comprado caros que fuesen estos agora en buen precio. El, amedrentado de lo que había pasado y con lo que yo y otros dijimos de lo que podía esperar ó temer, trató de venderme parte dellos. Yo le dije que no le compraría uno sin otro ó sino todos, que son cuarenta libros entre originales antiguos y copiados buenos, y jamás sintió él ni los

que desea se pusiesen en la librería en pieza aparte” (*Documentos inéditos*, p. 167).

²⁹ *Documentos inéditos*, p. 271.

otros que deseaban comprarle algunos que yo los quería sino para mí; y con esperanza de que a sus cabales les daría parte me ayudaron mucho en no comprarle ellos ninguno y en solicitar que me los vendiese, y así él fué forzado a tratar conmigo, porque no tenía un real ni hallaba modo de habello, y pidióme luego que se los pagase conforme a como yo sabía que valían y que no quería mas. Yo no quise sino que nombrase el precio, porque yo no se los podía pagar por el valor estando fuera de mi tierra y con poco dinero. Pidióme cuatrocientos escudos. Parecióme que se ponía en buena razon, porque cierto los libros valen largos trescientos escudos. Yo le dije que no tenía que cien escudos para le dar y que no quería mas hablar en ello y que era razón que él con su necesidad se conformase con la mía, pues le había yo ya comprado y hecho comprar en más de mil escudos. Desta manera lo tuve cuatro días yendo y viniendo, hasta que visto no podía mas me los dio por ciento y quince escudos, y procuró aquí como se los fuesen pagando por el camino de Italia por los lugares donde había de pasar, para gastar en el viaje. Yo creo que él no hizo en su vida mas mal empleo ni yo mejor. Cuando los codiciosos acudieron por parte yo les dije que pensaba servir con ellos a S. M^d. y que no podía quitar ninguno. Ellos, que me tenían por muy sencillo, se espantaron del artificio que tuve con el griego y con ellos. Yo les dije que quien había gastado tanto tiempo y dinero en esta mercadería no era mucho echase algun buen lance, y V. M. tenga por cierto que si el grecheto entendiera que eran para S. M^d. no los hubieramos por quinientos ducados; porque ninguno hay que valga de cuatro escudos abajo y hay algunos que valen sobre cuarenta³⁰. Ciertamente, al natural gusto por comprar a buen precio, Arias Montano unía la falta de escrúpulos no menos natural en el verdadero bibliófilo.

30 *Documentos inéditos*, pp. 137-139.

III

Durante estos años, Montano no sólo llevó sobre sí el peso de la preocupación por la marcha de los trabajos, sino también el la de las estrecheces económicas. En realidad, no había faltado a la verdad cuando le había dicho al griego que andaba escaso de dinero, y otro tanto podría haber dicho de su real protector. Para un erudito como Arias Montano, meticoloso y preciso en sus cuentas, las formas de pago del Estado eran una fuente de constantes disgustos. Ya en noviembre de 1568 su salario le llegaba con retraso y, tal como le escribió a Zayas, en Flandes el dinero se prestaba a un interés muy alto³¹: “Como me ven con hábito de Santiago y con nombre de criado del rey piensan que soy rico, y tengo credito de palabra no mas”³². El 6 de abril de 1569 afirma: “ya ha días que gasto sobre mi palabra”, y el 9 de octubre de 1570 se le debe ya casi un año de sueldo³³. Pero no era el único en Flandes que pasaba por tales penurias. El Gobernador mismo estaba cargado de deudas y los soldados se habían amotinado en demanda de su paga. No era de extrañar, pues, que la impresión de la Biblia se viera también afectada. “La obra se detiene”, escribe el 9 de mayo de 1570 y, todavía en 1573, después de haber sido ya publicada, Montano declara que Plantino se encuentra “en aprieto de dineros”. El 19 de diciembre de 1571, cuando se discute la entrega a Andrés Masio de una cadena por valor de trescientos escudos, Arias Montano escribe a Zayas, no sin cierta malicia, que el duque de Alba la considera de poco valor, y añade: “con todo esto me pareció mejor atar el pájaro que tenía en la mano que esperar los buitres que podríamos cazar, visto que aquí hay tanta estrechez de dineros y con tanta dificultad se cobran aun las deudas que se deben”³⁴. Recibir una carta de crédito del rey era una cosa y cobrar el dinero otra muy distinta, razón por la cual Montano se queja una y otra vez de que ni el tesorero ni los banqueros del rey se hacen cargo de los pagos que ha hecho en nombre de este último, hasta que, finalmente, decide plantearle la cuestión al propio rey, poniendo además como condición para su regreso a España el pago de las deudas que ha contraído en su nombre³⁵.

Ciertamente, la concepción y ejecución de la Biblia sólo estaban al alcance de un rey y, por esa razón, Montano podía escribir en febrero de 1569 que el proyecto superaba y dejaba en evidencia a una edición herética trilingüe que se estaba prepa-

31 Carta de 20 de julio de 1568.

32 *Documentos inéditos*, p.144.

33 *Documentos inéditos*, pp. 156, 184.

34 *Documentos inéditos*, p. 267. Cf. p. 299.

35 Cf. *Documentos inéditos*, pp. 307, 308-9 (Carta de Arias Montano al Rey desde Amberes, 6 de junio de 1574: “las dilaciones y respuestas aviesas ó secas del tesorero”), 311 (Carta de Arias Montano al Rey desde Amberes, 9 de octubre de 1574: “tanto tiempo ha que nunca se han pagado, por lo cual mi conciencia está cargada y mi honor mas empeñado de lo que fuera servicio de V. M^d.”), 323-6, 328, 329, 331.

rando en Alemania³⁶. En enero de 1570 el coste real había sido estimado en veinte mil ducados, aunque Montano afirma que “no hay quien no crea que se gastan más de 60.000”³⁷ y sostiene que imprimir una obra semejante costaría a cualquier otro más de 40.000³⁸. En diciembre de 1571 escribe que “todo el mundo por acá [en Amberes] tiene entendido, y cada cual piensa (...) que cuesta sobre 100.000 escudos”, mientras que el coste total para el rey y para Plantino no había sobrepasado los 40.000, de los cuales el rey ya había proporcionado 9.000. Once de las dieciséis partes de la Biblia estaban ya terminadas, y un conjunto de ellas había sido enviado secretamente a Roma, mientras que otro había se le había regalado al duque de Alba, que había mandado hacerle una lujosa encuadernación en plata. Más allá de la revisión académica del texto en cinco idiomas (latín, griego, hebreo, siríaco y caldeo), del *Apparatus criticus* y de la introducción de Arias Montano, el esmero que había puesto Plantino, “prototipógrafo” del rey, en la ejecución de la Biblia acabaría haciendo de ésta una verdadera obra maestra del arte de la imprenta. De Auvernia se había mandado traer el mejor papel, y las portadas se habían adornado con elaborados grabados; además, se había fundido un nuevo tipo de letra para cada una de las lenguas y se había prescindido de las abreviaturas de la Biblia de Cisneros, ampliándose los márgenes. La edición había quedado limitada a 1.150 ejemplares, incluyendo cincuenta de un formato especial y seis en pergamino³⁹. El precio de los ejemplares sin encuadernar era de 25 a 30 y de 30 a 35 ducados; los ejemplares en pergamino no se habrían vendido por menos de 120 florines si hubieran estado a la venta, pero ni siquiera lo estaban⁴⁰. El rey escribió en el margen de la carta en la que Montano informaba de los precios: “Sumad esto por ver lo que se sacará della”. Obviamente, si el coste de los trabajos había sido de 40.000 ducados y los ejemplares ordinarios se pretendían vender por no más de 30 ducados cada uno, el beneficio, aun descontando los 9.000 ducados anticipados por el rey, no podía ser muy alto. En el año 1577, en España, la Real Biblia podía ser encargada directamente a Flandes a un precio de entre 43 y 45 ducados, pero algunos ejemplares que eran propiedad del rey tenían un precio de 60 ducados, precio que finalmente quedó reducido a 45 por sugerencia del propio Montano⁴¹. En 1573 se hizo llegar un ejemplar a don Juan de Zúñiga, embajador en Roma,

36 *Documentos inéditos*, p. 142.

37 *Documentos inéditos*, p. 167.

38 *Documentos inéditos*, p. 181.

39 *Documentos inéditos*, p. 262: “Imprímense mill y ciento y cincuenta biblias, de las cuales hay tres suertes: la una carta real y otras dos de carta mas cara y mas grande, destas no hay mas que cincuenta y otra media docena de un papel hechizo que cuesta a escudo la mano” (Carta de Arias Montano a Zayas desde Amberes, 14 de diciembre de 1571).

40 *Ibid.* El número de ejemplares que debían ser impresos en pergamino era originalmente de seis, pero finalmente se amplió a doce (Carvajal, Documento 25).

41 *Documentos inéditos*, pp. 342-3.

pero el rey, que mandó enviar otro a su primo, el duque de Saboya, se mostró más reacio en otros casos: “al emperador, rey de Francia, Portugal, y otros potentados, dice que no hay para qué”⁴². Por lo que respecta a la idea de dar a la nueva Biblia la denominación no oficial de “Filípica”, Montano tuvo buen cuidado en advertir que el nombre era el mismo que el de una antigua moneda de oro, y el mismo también que el de un discurso de intención polémica.

Y como para darle la razón a Montano en sus reticencias con respecto al nombre, apenas unos meses después de su llegada a Amberes un profesor de Griego de Salamanca, León de Castro, había cuestionado de forma particularmente agresiva la selección de los textos, añadiendo así una dificultad más a las muchas de toda índole, sobre todo económica, que el proyecto había tenido que afrontar. El profesor era un hombre honesto, pero de temperamento violento y dominante, que pensaba que aquello que él ignoraba no podía ser digno de saberse, y que estaba convencido de que cualquier estudioso que se retrotrayese más allá de la Vulgata y consultase el original hebreo (lengua que él mismo apenas conocía) merecía ser perseguido y condenado como hebraizante, judaizante, judío, amigo de rabinos y enemigo declarado de los Doctores de la Iglesia. Arias Montano, por el contrario, había defendido la necesidad de acudir al original hebreo, el cual, en su riqueza, admitía a menudo un doble sentido, propio y alegórico, literal y poético⁴³. Por esa razón, el 9 de noviembre de 1568, Montano le escribe al secretario Zayas a propósito de León de Castro y de la versión latina de la Biblia⁴⁴, aun cuando en las instrucciones que el rey le había dado el 25 de marzo se establecía expresamente que la Vulgata debía figurar tal como estaba en la edición de Alcalá⁴⁵.

⁴² *Documentos inéditos*, p. 293.

⁴³ En *De hebraicorum librorum scriptione et lectione* [1581].

⁴⁴ “En este pliego que envié por tierra respondí largo a la carta de Leon, la cual respuesta iba tan solamente para V. M., y así le suplico que no la muestre a persona sino mande sacar la sustancia della si alguna tiene; porque a mí no me incumbía responder aquella carta, mayormente tomando contencion de defender a Pagnino, porque en nuestra Biblia él no va hasta agora, ni ya que fuese podría ir en parte donde los que no están bien con él pudiesen calumniar. Y sepa V. M. que de Paris y Lovaina se pidió que se pusiese, y esto después que yo estoy aquí, que antes no se había tratado dél en estas partes que digo, é yo le respondí que no había lugar por agora. Empero si V. M. quisiese escribir a Leon que dentro de cuatro meses ó tres le enviase los lugares que le ofenden en aquella version y esto con toda caridad y sencillez, podría ser que fuesen provechosos algunos de sus avisos, y que con agradecimiento se le recibiesen é yo ordenase como él consiguiese su intento. Porque sepa V. M. para entre nosotros que yo, por deseo del provecho comun, he propuesto esto en la universidad de Lovaina y rogádoles que lo vean de nuevo con diligencia, y se va haciendo. Y si Leon enviase algo que fuese de importancia sería bien recibido, porque este interprete, por ser catolico y literal, *audit bene apud omnes etiam si non omnia assecutus est*. Y si V. M. entiende que allá no se ha de hacer esto sencillamente, mas valdrá dejarlo, porque acá lo harán bien y sin pasion” (*Documentos inéditos*, pp. 136-137: Carta de Arias Montano a Zayas desde Amberes, 9 de noviembre de 1568).

⁴⁵ Carvajal, p. 142, Documento 19: “En la muestra que acá envió Plantino había puesto la edicion de Xantes Pagnino, como habeis visto, en lugar de la Vulgata que en la impression complu-

Otro motivo de controversia surgió cuando Montano examinó un códice hebreo del Salterio anglicano que le fue presentado por un inglés de nombre Clemente (“un cierto Clemente inglés de nación”), y rechazó su supuesta antigüedad y valor, a pesar de que el obispo Guillermo Lindano lo había dado por auténtico. Lindano, una especie de León de Castro flamenco⁴⁶, hombre de “terribleza y ímpetus”, nunca le perdonaría lo que consideró siempre un insulto personal. Para apaciguarlo, Arias Montano había expresado la opinión de que, en realidad, Lindano no había llegado a ver el libro, pero el obispo, sordo a los ruegos de sus amigos, insistió en que Montano se disculpara afirmando que sí lo había visto⁴⁷. Al darse cuenta de que esto último no hacía más que empeorar su posición, la furia de Lindano fue a más y, aliado con Castro, llevó a cabo durante años, en Flandes, España e Italia, una intensa campaña de desprestigio contra Arias Montano. “Y estando yo una tarde en mi celda en San Lorenzo”, cuenta Montano⁴⁸, “entró el buen Obispo” y se reconciliaron. Sin embargo, cuando regresó a Flandes, Lindano se olvidó por completo de dicha reconciliación.

Felipe II había pensado en un principio que la aprobación de la Biblia por la Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina sería suficiente⁴⁹, pero pronto quedó claro que el asunto no iba a quedar zanjado tan fácilmente, ya que el Papa se había negado a conceder la aprobación hasta que no fuera examinada en Roma. De nada sirvió que el embajador español, don Juan de Zúñiga, le asegurara que la obra coincidía prácticamente en su totalidad con la antigua edición de Alcalá⁵⁰, una observación con la que su director seguramente no habría estado de acuerdo. No había más remedio, pues, que enviar a Arias Montano a Roma para que presentara un ejemplar al Papa. En su *Rhetorica*, escrita muchos años antes y publicada en Francfort en 1572, Montano había ridiculizado a los jóvenes que, después de haber pasado apenas tres meses en Italia, regresaban profiriendo

tense está junto al texto hebraico, y porque ha parecido que en esto no conviene que aya mudanza ni se altere ni quite lo de hasta aquí, direislo assi al Plantino y hareis que la dicha edicion Vulgata se ponga y quede en el mesmo lugar que está en la Biblia complutense por la auctoridad que tiene en toda la Iglesia universal, y porque siendo como es la mas principal de todas las versiones, no fuera justo que faltara ni se dejara de poner en una obra tan insigne y en el principal lugar de aquella”.

46 “Cierta que fué colérico”, admite cortésmente Arias Montano (Carvajal, p. 190, Documento 73), y añade que “había movido grandes tragedias y amenazas contra mi y mi nombre y todos mis escritos; y esto había sido en Lovaina y Anvers”, y todo ello a pesar de deberle su obispado al propio Montano: “Obispo de Ruremunda, parte quizá por mi sufragio, de que no importa afirmar (...) nunca tuve rencor ni pasion contra él en el tiempo que vivió aunque supe cuanto dijo contra mi en Flandes, en Roma, y mas en España, donde parece hallaba oídos mas a propósito” (Carvajal, p. 189).

47 *Ibid.*, p. 191: “Istud ipsum, istud ipsum; nam profecto ipse his oculis vidi librum et habui in manu”. Arias Montano afirma que no sabía una palabra de hebreo.

48 *Ibid.*, p. 192.

49 *Ibid.*, p. 157, Documento 35.

50 *Ibid.*, p. 159, Documento 37.

Nil nisi inauditas voces, nova nomina rerum
 Italico accentu crepitant, damnantque paternos
 Sermones⁵¹.

Sin embargo, él mismo había sentido siempre el deseo, natural en cualquier humanista, de ver la ciudad. De hecho, apenas llevaba un año en Flandes cuando le mencionaba a Zayas en una carta (28 de febrero de 1569) “el deseo que tengo de ir a Roma”, y en julio de 1569 le transmitía una vez más su “deseo de ver una vez a Roma, porque no la he visto (...) y de pasar al menos un mes allí”. Montano sugería entonces que no sería difícil asignarle una misión en la ciudad y que su ausencia de Flandes durante tres o cuatro meses apenas sería notada, pues los trabajos de impresión de la Biblia podrían continuar perfectamente en su ausencia. Sin embargo, su deseo no se vería satisfecho hasta tres años después, cuando, a finales de abril de 1572, partió finalmente de Flandes en dirección a Roma⁵². Ni Pío V, que había muerto ese mismo año, ni su sucesor, Gregorio XII, tenían ya nada que ver con el Papa que había llamado a Felipe II “hijo de la iniquidad”, pero Montano todavía llegaría a escribir que “los romanos tuvieron celos de que una obra tan insigne” como la nueva Biblia tuviera que venir de España⁵³. El Cardenal Pacheco y el embajador español en Roma eran de la opinión de que sería mejor arriesgarse e imprimir la obra sin el privilegio papal; pero finalmente todas las dificultades acabaron desapareciendo gracias al aplomo y el atractivo personal de Montano. Éste restó después importancia a las objeciones formuladas contra la Biblia⁵⁴, comentando incluso que en Roma se había pensado que Talmud era el nombre de algún peligroso caballero hereje⁵⁵. Cabe señalar que tanto Albornoz como Felipe II habían declarado previamente que su presencia en Roma eliminaría todos los obstáculos⁵⁶ y, de hecho, Montano fue recibido en varias ocasiones por el Papa, quien le mostró gran favor y le concedió inmediatamente el privilegio solicitado. El Papa le pidió también información sobre Flandes y le dijo que servi-

51 *Rhetorica*, lib. III, § 93, ap. Carvajal, p. 19.

52 *Documentos inéditos*, p. 273.

53 *Documentos inéditos*, p. 274.

54 Carvajal, p. 161, Documento 38: “En las dudas de Roma no hace fundamento el Doctor, antes rie de ellas, pareciendole que han condenado el Talmud solamente por el nombre” (Albornoz a Zayas).

55 *Documentos inéditos*, p. 276: “Les dí a entender en lo que estaban errados, ansi en lo que me habían escrito del nombre del Thalmud, que pensaron que era algun hombre extraño que se llamase ansi, y otras cosas semejantes que fuera bien no haberse dicho ni escrito por ellos”. Otras dudas estaban relacionadas con la versión latina del Nuevo Testamento (“no se sabe si aquella translacion es la de Erasmo u otra nueva”), el texto siríaco, algunas “cosas muy inciertas y no averiguadas” de los tratados de Arias Montano y “la traslacion de Sanctis Pagnino”. (Carvajal, Documento 37, p. 160).

56 Carvajal, p. 161: “Con su presencia facilitará todas las dificultades” (Albornoz a Zayas, 19 de marzo de 1572); p. 162: “Yo creo que Montano lo dará a entender de manera que cesen todas las dudas” (Felipe II al Duque de Alba, 17 de marzo de 1572).

ría a Dios y a la Iglesia mejor con su pluma que en cualquier otro menester que le fuera encomendado, una observación que Montano procuró que fuera conocida por Felipe II. A comienzos del invierno dejó Roma para regresar a Flandes a través de Venecia y Milán, y lo hizo abrigando ya la idea de poder pasar unos años de sosiego y estudio en un ambiente tan amigable como el que había encontrado en Italia, muy lejos del clima de desasosiego y envidia que reinaba en la Península⁵⁷, donde hombres como Luis de León (1572-1576) y Damião de Góis (1571-1573) habían acabado en la cárcel. Con ello no dejaba de hacer justicia a Flandes y a Plantino, pues Montano seguía pensando que no había imprenta en el mundo como la de Flandes (en Amberes, decía, se imprimía más en un mes que en Roma en todo un año⁵⁸) y consideraba los breviarios impresos en Roma y Venecia sencillamente “intolerables”⁵⁹, mientras que, a propósito de Plantino, confesaba: “cada día hallo en él cosas que me mueven a alabar a Dios”⁶⁰.

57 *Documentos inéditos*, pp. 289 (“en España, donde sé que terné mas envidia que ayuda”), 304.

58 *Documentos inéditos*, p. 179.

59 *Documentos inéditos*, pp. 185-6.

60 *Documentos inéditos*, p. 147: “Cada día hallo en él cosas que me mueven a alabar a Dios, y sobre todo la grande humildad y paciencia increíble que tiene a la mucha envidia que los de su arte y trato le han mostrado y tenido siempre, a los cuales pudiendo con mucha justicia hacer mal jamas ha dejado de hacer bien. En nombrándole al rey llora de afeccion que le tiene”.

IV

A su regreso, Montano encontró las cosas de Flandes “miserabilísimas” debido a la partida del Duque de Alba, que él siempre había considerado un grave error. Las primeras noticias, que recibió directamente del propio Duque, lo llenaron de consternación y, por orden del rey, escribió un informe detallado sobre la situación del país. En dicho informe⁶¹, que sería elogiado después por el propio rey, Montano se detenía, después de algunos rodeos, en la gran importancia que a su juicio tenía Flandes en el terreno religioso, comercial y también político, como frente de contención contra Francia, Alemania e Inglaterra. En su opinión, la religión, la justicia y las finanzas demandaban por igual un gobierno firme y estable (“ya se qué cosa es populacho”, exclamaba, “cuando entiende que un corregidor entra y otro se va”), un gobierno, en definitiva, como el que había ejercido el duque de Alba, que había logrado combatir eficazmente no sólo la herejía, sino también la corrupción, el lujo y la disipación. En el informe, Montano mostraba asimismo tener mucho que decir acerca de la intolerable carga de los impuestos, las “asisas y maltotes que con grande pesadumbre y, según entiendo, con imposibilidad de sufrirse y tolerarse pagan sobre la comida y bebida”, así como sobre el nuevo impuesto del diez por ciento, y se lamentaba de que, excepto en materia de religión, el gobierno del duque de Alba se hubiera visto debilitado por causa de la provisionalidad a que había dado lugar su sustitución por don Luis de Requesens, quien, por su parte, acabaría también distinguiendo a Arias Montano y consultando con él asuntos de gobierno⁶².

El deseo de Montano de permanecer en Italia nunca fue tenido en consideración, como tampoco lo fue su sugerencia de que se le nombrase miembro del Consejo de Flandes, sin un gran sueldo, pero con una “una razonable ayuda de costas”. El 27 de febrero de 1573 le escribe confidencialmente a Zayas: “afirmo a v. m. delante de Dios que yo soy muy ajeno de ambición, de dignidades ni otros estados, y que el mayor que siempre he deseado ha sido hasta agora tornarme a mi Peña”. Sin embargo, ante las exhortaciones a perseverar en sus estudios que dice haber recibido del Papa y de distintos hombres doctos de España, Francia y Alemania, Montano declara que el de embajador en Venecia sería el cargo que mejor a convendría sus necesidades⁶³. Efectivamente, Venecia no era una ciudad muy frecuentada por los españoles, por lo que los escasos negocios que debería atender como Embajador no interferirían con sus estudios y, además, tendría allí “la ayuda de los estudiosos extranjeros, entre los cuales tengo alguna autoridad y mucha amistad por merced de Nuestro Señor, y facilidad para haber libros de

61 *Documentos inéditos*, pp. 200-235.

62 *Documentos inéditos*, p. 303.

63 *Documentos inéditos*, p. 288.

Levante”⁶⁴. Sin embargo, en abril de 1574 Montano se encuentra todavía en Amberes, esperando “alguna buena merced” de Su Majestad. El 9 de octubre, y a la vista de que sus servicios no parecen ser suficientes para avalar sus pretensiones, le ruega al rey en una carta que le dirige personalmente que se le permita retirarse a la Peña o a algún otro lugar aún más remoto.

A la primavera siguiente y con el pretexto del “peligro evidente de Francia”, Montano se dispuso a regresar a España a través de Italia. Desde Milán, y en vista de que no lograba encontrar ningún barco debido a la revuelta de Génova, se dirigió a Roma para ganar el jubileo (cumpliendo así un antiguo deseo) y para presentar algunas de sus obras más recientes al Papa. El sumiso capellán del rey se encontraba, de hecho, en una situación de abierta rebelión, pues aunque el permiso del monarca era del 21 de agosto de 1574, había decidido retrasar su regreso hasta la primavera siguiente⁶⁵ y, una vez en Roma, no parecía tener intención de abandonar la ciudad. Montano escribió al rey el 29 de julio de 1575, suplicándole “por el honor de Dios” que le permitiera quedarse dos años, o bien uno y medio o, por lo menos, uno. En realidad, además del deseo de proseguir sus estudios y de su entusiasmo por la comunidad de hombres de letras que había encontrado allí, Montano tenía otras razones para desear quedarse en Roma y no regresar a España. Efectivamente, su mayor preocupación no era otra que contrarrestar en la misma Roma las intrigas de León de Castro, pues temía que, una vez en España, pudiera acabar compartiendo la suerte de su amigo Fray Luis de León, que llevaba ya más de tres años preso en Valladolid. En ese sentido, por el hecho de que no encontremos ninguna alusión en su correspondencia (tan sólo una simple declaración de Zayas anunciándole la detención⁶⁶), no hay que suponer que Arias Montano no meditara con frecuencia sobre la prolongada prisión de Fray Luis. En cuanto a Castro, el 12 de agosto de 1575 Montano escribía al Obispo de Cuenca: “Cuasi por todo este postrer año que he estado en Flándes he sentido un grande rumor que un maestro León de Castro que vive en Salamanca,

64 Carta a Zayas desde la Peña de Aracena, 4 de junio de 1579 (*Documentos inéditos*, p. 377).

65 Carvajal, p. 172, Documento 55.

66 “Al maestro fray Luis de Leon, doctor Martinez y Grajal han prendido por la Inquisicion, que por ser nombres tan señalados ha causado harta admiracion” (Zayas a Arias Montano, Madrid, 13 de abril de 1572, *Documentos inéditos*, p. 272). En una carta publicada por Carvajal (p. 189) hay una referencia a un medio verso en latín macarrónico citado por Arias Montano en presencia de Fray Luis. Carvajal parece asimismo dar por cierto que Arias Montano había sido profesor de Griego en Salamanca. El que tuviera oportunidad de ver a Fray Luis en Salamanca en los años cincuenta y sesenta del siglo, y en Madrid y El Escorial más adelante, está fuera de duda, pues fue sólo después de la muerte de Fray Luis en 1591 que Arias Montano se retiró definitivamente a Andalucía. Sabemos por el juicio del propio Fray Luis que, en Salamanca, los más ortodoxos venían cuestionando la pureza de la fe de Arias Montano desde al menos 1559. Véanse *Documentos inéditos*, vol. X, pp. 68-69, y J. Fitzmaurice-Kelly, *Fray Luis de León* (Oxford, 1921), pp. 63, 83.

ha levantado en aquella universidad, reprendiendo y desacreditando la mayor obra que jamás en género de letras ha salido al mundo impresa, que es la Biblia Real que S. M.d para beneficio de la cristiandad mandó imprimir en Anvers por ministerio mio; y según he entendido el asa que ha tomado para decir mal della ha sido ver allí en el Aparato una parte de la Biblia de Sanctes Pagnino, que se puso en aquel lugar por petición de muchos varones doctos, y por consulta y votos de las universidades de Lovaina y París”. En una carta fechada en Salamanca en agosto de 1574, Pedro Fuentidueñas le escribía al cardenal Osio acerca de los principales cargos de la acusación contra la Biblia y de la actitud de los defensores de la Vulgata en Salamanca, citando a San Agustín y San Jerónimo en defensa del texto hebreo y declarando que “la discusión ha suscitado un auténtico escándalo público que se extiende día a día, no sin poner en peligro a muchos de los que intervienen en ella”⁶⁷. En Roma, Arias Montano supo que entre los cardenales

67 Carvajal, pp. 169-171, Documento 53: “Capita accusationis haec sunt: quod adposita fuerit Xantis Pagnini versio, quod illa appelletur proprissima Translatio, quod Vulgatae non summa auctoritas deferatur, quod Tractatus illi qui Bibliis additi sunt e Rabbini christiana Religione hostibus sint desumpta, quod loca quedam Scripturae Sanctae quibus juxta editionem vulgatam dogmata aliqua fidei stabiliuntur aliis Versionibus convellantur, quod post versionem Vulgatam Sacri Concilii Tridentini decreto confirmatam non licet confugere ad Hebraeos Graecosque fontes” (p. 170). No menos interés presenta el relato de las actividades de León de Castro y sus amigos en Salamanca: “Ex hac enim Schola Salmantina prodierunt et in ea versantur qui has modo tragoedias excitant. Qui mihi videntur, suscepta Rufini persona, bellum denuo Sanctissimis Hieronimi manibus movere voluisse. Adripiunt enim ansam, ut dixi, ex Concilii decreto quo decernitur: ut haec ipsa Vulgata, quae longo tot seculorum usu in Ecclesia probata est, in publicis lectionibus, disputationibus, praedicationibus, et expositionibus pro authentica habeatur, et ut nemo eam rejicere quovis praetextu audeat vel praesumat. Haec sunt legis verba; quae quidem ita illi accipiunt ut non modo qui de ejus aliquid auctoritate detraxerit sed qui vel punctis et apicibus Vulgatae editionis fidem non adhibuerit haereseos crimen incurrere clament. Deinde non licere jam confugere ad Hebraeos et Graecos Codices, immo vero illos per hanc latinam Vulgatum editionem esse corrigendos. Haec ego non scriberem nisi interfuissem publicis disputationibus theologis quibus id agitari et pertinaciter defendi ea animadverti. Ego sane existimaveram Sacrum Concilium voluisse tueri huius editionis auctoritatem cum ob illius antiquitatem tum ad abolendam Versionum varietatem, et quod nihil in ea aut fidei aut moribus esset adversum; minutas vero alias concertationes de proprietate et significatione quorundam verborum, adhibitis Codicibus Hebraeis et Graecis posse componi. Sic enim Augustinum ad Hieronymum scribentem dixisse meminera: ‘ut veterum librorum fides de Hebraeis voluminibus examinanda est, ita novorum veritas Graeci sermonis formam desiderat’. Et Hieronimum Commentariis in Ezechiel: ‘Cogimur itaque ad Hebraeos recurrere et scientiae veritatem de fonte magis quam de rivulis quaerere’, atque haec inter Sacros Codices a Gratiano fuisse relata. Hi vero mordicus tenent solam Vulgatum editionem incorruptam esse, Hebraeos vero codices et Graecos corruptos atque depravatos jam olim fuisse, cum dicat Augustinus XV de Civitate Dei cap. 13: ‘Absit ut prudens quispiam vel Judaeos cujuslibet perversitatis atque malitiae tantum potuisse credat in codicibus tam multis et tam longe lateque dispersis’. Et Div. Hieronymus in cap. 6 Esiae: ‘Praesentia, inquit, tempora omnia ita exhibent sicut in Scripturis longe ante conscriptis Prophetae nuntiaverunt’. Isti vero contra Vulgatum editionem volunt unicum esse canonem Divinorum omnium scriptorum; aliis haec non probantur. Res est plena publicae offensionis et quae

reinaba una gran expectación a cuenta de la disputa “y que Su Santidad lo sabía también, y todos me preguntaban qué fuese esto o qué fundamento tuviese, y quien era el maestro León”. Teniendo en cuenta que la Biblia había sido impresa para Su Católica Majestad y que su director había recibido permiso del propio Papa para publicarla, cabía suponer que sólo León de Castro podía haber tenido la audacia de llevar tan lejos su celo (y celo era, escribía el pobre Montano, aunque fuera en realidad el Diabolo quien lo inspirara). Pero lo cierto era que su posición había encontrado en Roma partidarios y cómplices, ya que, cuando Montano respondió que no era más que “imaginación y porfía antigua suya en contra de todas las versiones latinas (...), y que en España era muy conocida su condición”, ello no bastó para convencer a los cardenales, pues, según se le dijo, había habido “cartas de León y otros mandados y negocios de su parte, con que procuraba levantar aquí mayor escándalo y ruido que en España y que a esto ayudaba mucho ser él menos conocido aquí”⁶⁸.

El 7 de septiembre de 1575, Felipe II llamó a Arias Montano a España para intervenir en un asunto de herejía al que se había dado gran importancia y que en agosto de 1574 avanzaba tan despacio que, en opinión de Montano, podía prolongarse todavía durante años⁶⁹. Sus enemigos no podían haber buscado un modo mejor de hostigarlo, pues, efectivamente, estaba seguro de que habían sido sus enemigos quienes lo habían tramado todo. Montano manifestó su disposición a obedecer, y el 20 de octubre escribió al rey que esperaba poder zarpar pronto desde Génova. Pero lo cierto es que el 22 de marzo de 1576 se encontraba todavía en Roma intentando convencer a Zayas de que se le diera un puesto en el Consejo de Flandes⁷⁰. “Si S. M^d. fuese servido que yo por agora le sirviese en Flándes en algo”, escribe, y le pide a Zayas que no muestre a nadie más la carta. Su aflicción resulta evidente, tanto como su renuencia a regresar a España, donde el león rugía por su presa. Sin embargo, el rey desoyó sus súplicas. El 17 de mayo Arias Montano todavía le escribe desde Roma en relación con las sedes vacantes de Gante

serpat quotidie longius non sine periculo multorum” (*Ibid.*, pp. 170, 171).

⁶⁸ *Documentos inéditos*, p. 318.

⁶⁹ Carvajal, p. 171, Documento 54: “Os he escogido por una de las personas que han de entender en lo que se ha de escribir contra el libro de las Centurias (...) y querría yo que se hiciese con la brevedad posible, y asi os encargo mucho que os vengais con la primera comodidad de buen pasage” (Felipe II a Arias Montano, Madrid, 7 de septiembre de 1575); Carvajal, p. 169: “De Centuriis nihil est quod scribam. Consultationibus tempus teritur et omnia solita cunctatione et tarditate geruntur” (Carta de Fuentidueñas al Cardenal Osio, Salamanca, 22 de agosto de 1574); *Documentos inéditos*, p. 329: “Lo de las Centurias será cosa mas larga que V. M. piensa y de menos efecto de lo que estima. Acá lo toman de otra manera que allá; por mucho que yo viviese no creo que en mi vida veré el fin que esta cosa podrá tener, sin que haya mas que hacer en ella, y ansi lo entienden aquí” (Arias Montano a Zayas, Roma, 24 de diciembre de 1575).

⁷⁰ Véase la interesante carta que escribe desde el convento de Santa Práxedes, cerca de Roma. *Documentos inéditos*, pp. 330-339.

y Amberes, pero el 25 de julio está de vuelta en España y ya ha empezado a ocuparse de la cuestión de las *Centurias*, a pesar de que aún no ha podido ver al rey⁷¹.

Aunque no fuera a Flandes, sino a España, a donde Montano había regresado, se encontraba, sin embargo, bajo protección contra la Inquisición y contra Castro, habiendo quedado finalmente la cuestión de la Biblia en manos de un sabio historiador, el jesuita Juan de Mariana (†1624). La posición de éste no era precisamente fácil, ya que la animadversión de Montano hacia los jesuitas era sobradamente conocida. Sin embargo, Mariana se las arregló para dar satisfacción a ambas partes, o más bien a ninguna, pues, mientras que en la cuestión capital de si la Biblia de Amberes debía ser o no incluida en el Índice decidió, después de muchas demoras, a favor de Arias Montano, el historiador contentó también a los adversarios de aquel al apreciar en la edición numerosos defectos menores. Entre tanto, el 1 de marzo de 1577, Montano llegó a El Escorial y se instaló en el convento con dos pajes, que era lo máximo que le permitían las reglas del monasterio, aunque, como él mismo afirmaba, “de Andalucía, de Aragón y de otras partes me ofrecen tantos criados que si se juntasen, podrían poblar un convento mayor que éste”⁷². Durante los diez meses siguientes, Montano estuvo ocupado en la catalogación de la nueva biblioteca del rey, quien, en palabras del actual bibliotecario, el P. Guillermo Antolín, “llamó para esto al hombre más sabio, más competente que entonces teníamos en España, Arias Montano”⁷³. El 31 de mayo escribe a Zayas que, por el momento, no sabe qué es lo que el rey quiere de él, pero dice emplear el tiempo mientras tanto en trabajar en el catálogo, que cree podrá terminar a finales de junio, para después pedir permiso y retirarse a Andalucía. Pero aún se vería obligado a permanecer en El Escorial hasta enero del año siguiente, cuando partió para Lisboa por orden del rey.

71 Carvajal, p. 172, Documento 56.

72 *Documentos inéditos*, p. 350 (15 de octubre de 1577).

73 “Y como todo lo quería hacer del mejor modo posible, llamó para esto al hombre más sabio, más competente que entonces teníamos en España, Arias Montano. Llegó al Escorial el 1 de Marzo de 1577 y estuvo por espacio de diez meses. El P. Fr. Juan de S. Jerónimo dice que era ‘muy buen letrado y gran teólogo y muy visto en todo género de ciencias y lenguas, hebrea y caldea, griega y latina, siríaca y arábiga, alemana, francesa y flamenca, toscana, portuguesa y castellana, y todas las sabía y entendía como si en estas naciones se hubiera criado’, que hizo el catálogo ‘ansi griego como latino de la librería y la distribuyó por sesenta y cuatro disciplinas’, y ‘dio orden en que se pusiesen en esta librería estatuas romanas y retratos de sumos pontífices y emperadores y reyes y de personas doctas’”. (P. Guillermo Antolín, “La Real Biblioteca del Escorial”, *La Ciudad de Dios*, 20 de Julio de 1921, p. 106). “Fruto de la inteligente labor de Arias Montano en la ordenación de la Biblioteca del Escorial”, añade Fray Guillermo Antolín, “fue un magnífico catálogo de toda ella en tres tomos. Hoy solamente se conserva la segunda parte en la sign. X. I. 17. Se titula: *Catálogo de los libros escritos de mano de la librería real de S. Lorenzo escrito por mandado de su magestad. Año de 1577. Esta es la segunda parte*. Contiene los manuscritos latinos, griegos, hebreos, árabes, españoles, lemosines, portugueses, italianos, franceses, alemanes, flamencos, persas y armenos (...) Felipe II le dio el título de Librero mayor” (*Ibid.*, pp. 108, 109).

V

Montano salió de Madrid con una carta del rey fechada el 31 de enero de 1578 y dirigida a Don Juan de Silva, embajador español en Lisboa, llevando además un salvoconducto para sí y para sus criados, cinco mulas cargadas con ropa y con dos hábitos de oro de Santiago con venera de plata, así como trescientos ducados en oro y plata para sus gastos. Después de quedarse unos dos días en Toledo pasó medio día en La Puente con su viejo amigo el cronista Ambrosio de Morales (1513-1591) y, dejando Guadalupe a su izquierda, siguió hasta Alcántara, para reunirse posteriormente en El Cañaveral con el obispo de Coria. En total, el viaje de Madrid a Lisboa duró diecisiete días. Cuando llegó, la ciudad estaba de luto por la muerte de la reina. Su capellán, Francisco Cano, y muchos otros amigos dieron la bienvenida a Arias Montano, quien después de seis o siete días en la ciudad, se dispuso a regresar a Madrid el primero de marzo, habiendo causado una extraordinaria impresión en los hombres de letras e incluso en el propio rey, tal como el embajador español escribió a Felipe II⁷⁴. De hecho, el rey Sebastián lo recibió hasta en cuatro ocasiones durante su estancia en Lisboa: la primera audiencia, el sábado, duró una hora; la segunda, dos horas y media. El rey mencionó varias veces la expedición africana, pero Montano se abstuvo de dar su opinión, hasta que finalmente se vio obligado a hacerlo en la cuarta audiencia, cuando, después de la cena, Don Sebastián lo retuvo entre las ocho y las once y le preguntó abiertamente cuál era la opinión del rey Felipe y qué era lo que se decía de la empresa en Castilla. Montano le respondió que la opinión del rey le era sin duda bien conocida y, en cuanto a la que se tenía de ella en Castilla, le dijo “lo que por ventura no había oído de sus privados y consejeros portugueses, y entró en disputa conmigo acerca de su propósito y determinación, y con el acatamiento que yo debía le respondí y repliqué por más espacio que una hora, hasta conocer que le faltaban razones y le sobraba voluntad”⁷⁵. No era Arias Montano hombre que gustara de imponer su opinión, pero era evidente que el rey Sebastián había intentado convencerlo y, por mediación suya, ganarse el apoyo de Felipe II. Montano encontró además en Portugal una oposición generalizada a la expedición⁷⁶ y, en cuanto a la sucesión

74 Carvajal, p. 179, Documento 63: “El Doctor Arias Montano ha estado aquí seis ó siete dias y quedan todos los hombres de letras y entendimiento aficionadísimos suyos, y el Rey especialmente que le ha mandado llamar tres o cuatro veces, y teniéndole mill horas en diversas pláticas: no se puede negar al Rey la particular aficion y gusto de favorecer y comunicar hombres insignes; y asi ha conocido y admirado mucho la particular habilidad y bondad de que Dios ha dotado a Arias Montano. Mañana parte de aquí cargado de conchas de caracoles, sin haber probado el pescado de Lisboa” (Don Juan de Silva a Felipe II. Lisboa, 31 de enero de 1578).

75 *Documentos inéditos*, pp. 398, 399.

76 Carvajal, p. 176, Documento 62: “Hallo aquí al pueblo descontento con este propósito tan constante que el Rey tiene de hacer jornada para la cual no se halla fundamento” (Arias Montano a

al trono, supo que muchos nobles eran favorables a Castilla, pero que el pueblo odiaba a los castellanos⁷⁷. El capellán del rey mantiene en sus cartas una estricta reserva sobre este asunto: “y así jamás di a entender a los que trataban conmigo acerca de la jornada, sino que S. M^d. no la tenía por fundada, como los mismos portugueses tampoco la tenían, y que así entendía haría toda la diligencia con su rey dellos, que podría hacer con su propio hijo, y a esto respondían algunos personajes cuerdos: ‘bien muestra el rey don Filipe su cristiandad y su valor en eso; porque pudiendo él decir a su sobrino –yo no te diré que des con tu cabeza en las paredes, mas si tú te quieres dar tantas que la hagas pedazos no te estorbaré– no solamente no pasa con esta disimulación, sino con grandísimo cuidado y con toda diligencia procura de estorbar al rey que no se pierda, pudiéndole ser a él su pérdida gananciosa’”⁷⁸. Si Arias Montano fue enviado a Lisboa para sondear la opinión de los portugueses o para influir en sus gobernantes, no deja de llamar la atención que su estancia fuera tan corta. Lo cierto es que al rey Sebastián le dijo que había ido a Portugal sólo a ver a unos amigos⁷⁹.

Zayas, Lisboa, 28 de febrero de 1578).

⁷⁷ *Documentos inéditos*, p. 400: “Empero que el vulgacho aborrecía a los castellanos”. En la misma carta se refiere a “la pasión del vulgo portugués” (Arias Montano a Zayas, La Peña, 29 de abril de 1579).

⁷⁸ *Documentos inéditos*, pp. 397, 398. En una carta a Zayas de 9 de octubre de 1570, Montano se refería a Portugal de una manera que tal vez resulte significativa al respecto (*Documentos inéditos*, p. 183).

⁷⁹ Carvajal, p. 174, Documento 61.

VI

En la primavera siguiente, feliz al fin, Arias Montano pudo regresar a su amada Peña, escribiéndole el 25 de abril a Zayas, cuando aún no se había repuesto del viaje: “consuélame este retiramiento”. La decepción que sentía por el escaso reconocimiento que habían merecido sus servicios se deja entrever en una carta que escribe más adelante a Zayas y en la que dice a éste que había dejado la Corte sin albergar la más mínima intención de regresar a ella⁸⁰. Pero el trocito de paraíso que era para él su retiro andaluz le haría olvidarse como por encanto de la pobreza y los desengaños. En su Peña, Arias Montano parece cumplir a la perfección el sueño de Fray Luis:

Vivir quiero conmigo,
 Gozar quiero del bien que debo al cielo,
 A solas, sin testigo,
 Libre de amor, de zelo,
 De odio, de esperanzas, de recelo.
 Del monte en la ladera
 Por mi mano plantado tengo un huerto,
 Que con la primavera
 De bella flor cubierto
 Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

La Peña se reducía originalmente a la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, perteneciente a la Catedral de Sevilla, de la que la separaban, sin embargo, unas catorce leguas cortas, que hacían un día largo de viaje. Estaba situada en un punto elevado de la Sierra de Aracena, sobre el pueblo de Alájar y a dos leguas de la propia Aracena, que tendría por entonces unos mil vecinos. El camino que recorre la mitad de esa distancia, escribía Montano, es el más hermoso de España. Sólo unas pocas leguas al norte estaba Fregenal, donde había nacido, por lo que toda la región estaba poblada de amigos y parientes que habían ido creciendo en número, con “esperanzas o espetativas puestas sobre el cielo de Júpiter”⁸¹, a medida que Montano se había ido haciendo famoso. Repartidas por la Sierra de Aracena había algo más de mil casas en las que los campesinos, ajenos a toda instrucción, se ganaban la vida con dificultad, pudiendo darse por satisfechos si podían comer algo de avena en los años de escasez⁸². Hacia 1550⁸³, después de que le fuera concedida

80 *Documentos inéditos*, p. 414: “Cuando salí de Madrid el año de 1568 (...) no llevaba deseo ni propósito de tornar aunque veía mi pobreza y afrenta” (El Escorial, 9 de Enero de 1580).

81 *Documentos inéditos*, p. 374.

82 *Documentos inéditos*, p. 378.

83 “Yo hube esta [ermita] del prior mas ha de 25 años”. Arias Montano a Zayas, La Peña, 16 de octubre de 1578 (*Documentos inéditos*, p. 371). Montano debió gastar en ella todo su dinero, pues el Obispo de Segovia dice de él en junio de 1563 que es “muy pobre” (Carvajal, Documento 5).

a Montano por el Prior de la Catedral de Sevilla (su derecho sería confirmado más tarde por el Papa), la ermita se encontraba en ruinas y todo el lugar sin cultivar y cubierto de maleza (“un eriazó y espesísimo zarzal”). Pero, muy pronto, Montano consiguió que el erial floreciera como una rosa. Construyó o reconstruyó la capilla y la casa y plantó un huerto y una viña, de modo que, cuando en 1565 la dejó al cuidado de un criado, había gastado en ella más de tres mil ducados. No obstante, el criado en cuestión traicionó la confianza de Montano y dejó que la casa y el jardín volvieran a su ruinoso estado inicial, hasta el punto de que incluso el mobiliario y los aperos acabaron siendo robados. En 1568, Montano se puso de nuevo manos a la obra para rehabilitar el lugar, consiguiendo que, poco antes de su muerte, llegara a producir una renta anual de quinientos reales. El clima en la Peña era siempre fresco, incluso cuando Madrid y Sevilla padecían el calor más extremo. Era además un lugar saludable, bien abastecido de agua, vino y frutas, y estaba rodeado de sierras en las que abundaba la caza. El agua que llegaba a la casa venía de manantiales cristalinos y, después de cruzar la mesa de mármol que se hallaba en el centro de un patio rodeado de jazmines, acababa regando un huerto plantado por el propio Montano. Éste, además, se comunicaba con los campesinos de Alájar por medio de distintos toques de campanas. Allí pudo, en palabras de Nicolás Antonio, *latere sibi et literis*⁸⁴, y exclamar, como el duque Vincentio [en *Medida por medida*], “¡Cómo he amado siempre la vida retirada!”. Aludiendo a las bellezas naturales del paraje, Arias Montano escribe a Zayas “que juntas todas no creo hay en Europa pieza que le lleve ventaja”, y cuando tal escribió, en 1579, tenía numerosos viajes a sus espaldas. En su opinión, se trataba de un lugar “digno de ser poseído de un rey”, y, de hecho, siempre deseó que, a su muerte, pasara a manos de Felipe II, quien debió aceptar el ofrecimiento, ya que en su testamento (de 28 de junio de 1598) Montano legaba la propiedad al rey y a sus herederos⁸⁵. “Para la vida privada, entiendo me está mejor este retiro que el resplandor de corte”, escribe a Zayas el 4 de enero de 1579, “y Su Majestad no entiendo piensa que yo sea para mayor empleo que ser su capellán”. El caso era que el embajador español en Venecia, Guzmán de Silva, había muerto el año anterior, pero el puesto no se le había ofrecido a Montano, aun siendo sobradamente conocido su mucho interés en él. No obstante, su principal motivo de queja era que, necesitando ocio y tranquilidad para sus estudios, el rey no hacía más que encomendarle misiones laboriosas o convocarle constantemente a la corte⁸⁶. Ahora había retrasado su regreso todo cuanto le había sido posible y se

84 *Bibliotheca Hispana Nova*, I. 207.

85 Carvajal, p. 197.

86 Cf. la carta de Francisco Cano a Zayas desde Enxobregas, 15 de julio de 1577: “Y en extremo me he alegrado que S. M. entienda el tesoro que tiene [en Arias Montano], mas deseo que le dé ocio y libertad para que aproveche a la Iglesia Universal, pues Dios ha dado muestras de ser instrumento

había desentendido de una indicación real de que debía dirigirse a Portugal por asuntos relacionados con la cuestión sucesoria, a pesar de que había elaborado ya un informe sobre las personalidades que podrían ser más favorables a la causa de España⁸⁷. Finalmente no tuvo más remedio que atender un último llamamiento del rey y, tras haber alquilado unas mulas que debían estar de vuelta en Sevilla el 18 de septiembre, emprendió camino a Madrid, a donde, adelantándose a su equipaje (que había dejado con el arriero de Alcalá), llegó finalmente el 8 de ese mes. El rey debió haber pensado que era bastante con hacer venir a su capellán a la corte, ya que el 23 de septiembre Arias Montano se quejaba a Zayas de que su presencia apenas estaba sirviendo para ayudar a los monjes de El Escorial en asuntos que “cualquiera lego con poca instrucción podría servir mejor que yo”⁸⁸, y se lamentaba de la pérdida de tiempo que tal estancia le estaba ocasionando. El 10 de octubre, en un tono aún más amargo, escribía que el rey, después de convocarle urgentemente y obligarlo a abandonar su retiro (“mi rincencillo”) para prestar un gran servicio a Dios, a la Iglesia y al rey mismo, lo había dejado durante más de un mes encargado de un trabajo que podría haber hecho un niño⁸⁹. Además, al partir de Andalucía, sus numerosos amigos y parientes y quizá él mismo creían que había sido llamado para algún nombramiento, por lo que en la misma carta se refiere más adelante a los “silbos, escarnios, burlas, risadas” que con toda seguridad le aguardan a su regreso. Por último, Montano alude a su “extrema pobreza”, que está seguro irá agravándose cada día más, y escribe: “En Madrid el León [León de Castro] bramando y procurando tragarme, deshonorándome por las audiencias y oidores y plazas é iglesias y monasterios, ayudándose de la terribleza y impetus de Lindano y de los demas que lo encienden”⁹⁰. La sombra de la Inquisición se cernía en esos momentos sobre él y, gracias a su carta de 9 de enero de 1580 a Zayas, sabemos que en esas fechas todavía tenía esperanzas de poder pasar a Italia. Sin embargo, Montano debió seguir viviendo en la misma situación hasta su asistencia al Sínodo Provincial de Toledo en septiembre de 1582, mientras que durante los siguientes diez años sabemos que su vida transcurrió alternativamente entre Andalucía y la Corte. Al parecer, fue enviado con sendas misiones a Inglaterra y Francia, pero no sabemos en qué fecha, ni tampoco si finalmente llegó a ir o no⁹¹. En 1584 renunció a su capellanía, y en 1592 se retiró definitivamente a

suyo escogido para este fin, y así es de creer que lo hará, aunque yo, como maldiciente, imagino que los Reyes algunas veces son como mujeres desperdiciadas que para hacer la cobertera de la olla quiebran un cántaro sano” (Carvajal, pp. 177-178). Cf. Carvajal, p. 180, Documento 64: “Justamente desea S. M. tenerle consigo, aunque él se queja de que injustamente lo detiene”.

87 *Documentos inéditos*, pp. 383-386.

88 *Documentos inéditos*, p. 406.

89 *Documentos inéditos*, p. 408.

90 *Documentos inéditos*, pp. 407-408.

91 “Negotiaque summa et ardua ei committebat [Felipe II], ex legatione Galliae Oratoris, An-

Andalucía. El resto de su vida lo pasó en la Peña, en el Convento de Santiago de Sevilla, del que fue Prior (también llegaría a ser Comendador de Santiago, siéndole concedida por el rey la encomienda de Pelay Correa, un favor hasta entonces reservado a los laicos, por lo que sus ingresos en esas fechas debían ser considerables) y, por último, en una casa de campo cerca de Sevilla que había comprado en 1587. La finca, llamada Campo de Flores y conocida más tarde como Las Casillas de Montano, tenía, además de la casa, olivares y tierras en barbecho. Una de sus últimas actuaciones fue la fundación, el 12 de julio de 1597, de una cátedra de Latín en la ciudad de Aracena. El 28 de junio de 1598 hizo su testamento en Campo de Flores y desde allí se dirigió a la Cartuja, donde se le había concedido una celda que daba al huerto. Pero, tan pronto como llegó a Sevilla, cayó enfermo y fue trasladado a la casa de doña Ana Núñez, donde murió el 6 de julio de 1598.

gliae Caduceatoris delegavit⁹. ap. Carvajal, p. 184.

VII

La personalidad y las circunstancias de Arias Montano y las de Fray Luis de León presentan numerosas similitudes. Nacidos probablemente el mismo año, ambos eran de origen hidalgo y tenían familiares bien situados -los hermanos de Luis de León y el sobrino de Arias Montano llegaron a ser Veinticuatro-, ambos fueron eruditos entregados, poetas inspirados, estudiosos de la lengua hebrea y, como tales, víctimas de la ira del temible profesor de Griego de Salamanca; ambos fueron, en fin, amantes de la Naturaleza y de la “vida retirada”, aun cuando se implicaran activamente en muchos y muy diversos asuntos. A diferencia de Luis de León, Arias Montano escribió casi exclusivamente en latín, siendo sus únicas obras escritas en español los *Aforismos* (1614), traducción de quinientas sentencias de Tácito, y una paráfrasis del *Cantar de los Cantares*⁹². Su primera obra publicada fueron los *Monumenta humanae salutis*, un conjunto de setenta y dos odas latinas de tema religioso impreso en Amberes en 1571 por Plantino, libro de naturaleza similar a sus *Himni et Saecula* (1593), mientras que también en 1571 apareció el primero de sus muchos y celebrados comentarios latinos sobre diversos libros de la Biblia. Su *Rhetorica* en verso latino se publicó en 1572 y el *De Hebraicorum librorum scriptione et lectione*, escrito en la Peña, en 1581. Sus últimos años los empleó Montano en un vasto proyecto que llevaba tiempo acariciando: una historia de la raza humana basada en las Escrituras. Su aparición se retrasó por causa de la lentitud del censor, que se quejaba de lo diminuto de la letra, pero la primera parte (*Anima*), *Liber generationis et regenerationis Adam*, apareció finalmente en 1593. La segunda parte (*Corpus*), *Naturae historia*, estaba terminada en 1594, pero no se publicó sino póstumamente en 1601, mientras que la tercera parte no llegó a ser escrita. Quienes lean las citas incluidas en este libro estarán de acuerdo en que el estilo de Montano era tan puro en prosa española como en verso latino, y lamentarán sin duda que, siguiendo el ejemplo de Luis de León, no hubiera escrito en lengua vulgar. Otro punto en el que se diferenció del gran agustino fue en la afabilidad verdaderamente excepcional de su carácter. Nada había en él que recordara a la fiera combatividad que haría que los enemigos de Luis de León, resentidos por sus azotes, le devolvieran sus ataques con redoblada furia. De pequeña estatura y no precisamente robusto⁹³, ingenioso y buen conversador, Montano aunaba la precisión del estudioso con una singular dulzura de carácter y un gran atractivo personal. El duque de Alba⁹⁴, veinte años

92 Impresa por J. N. Böhl de Faber en su *Floresta de Rimas Antiguas*, vol. III (1825), pp. 41-64.

93 En sus cartas se pueden encontrar numerosas alusiones a sus enfermedades y, en general, a su frágil salud. Véanse *Documentos inéditos*, pp. 296, 304, 362, 379; y Carvajal, Documento 30.

94 Carvajal, p. 132, Documento 2: “El Duque mi Señor huelga extrañamente con él, y el rato que se ven tratan de cien mil materias ex^{cs}” [excelentes o excepcionales]. Albornoz a Zayas, Bruselas,

mayor que él, el Papa Gregorio XIII⁹⁵, el joven rey Sebastián y el propio Felipe II, todos ellos acabarían cautivados por su personalidad. Fueron además innumerables los amigos que hizo por toda Europa y que dieron testimonio de la profundidad de su erudición y de la variedad de sus intereses, como el obispo de Arrás, “rarísimo en sus letras y elocuencia”, el cardenal Delfino, que solía llevarse a conversar a un jardín cercano a Roma, o el obispo e historiador portugués Osorio⁹⁶. Montano fue además el español del que mejor opinión se tuvo en Flandes⁹⁷. Era de una naturaleza tan afectuosa que él mismo la consideraba un defecto⁹⁸. En sus cartas pide constantemente noticias de “mis prendas” o “mis hermanos” en Sevilla, lamentándose cuando no las recibe: “Estoy tan afligido desto que no sé de mí, y con mis pensamientos que acerca de los que bien quiero jamas reposan, hago doscientos discursos a la hora, y todos tristes”⁹⁹. A nadie le deseó nunca ningún daño (como no fuera, tal vez, al librero griego) y contra nadie mostró jamás resentimiento alguno. Incluso acerca de León de Castro pensaba que su intención era en el fondo buena y que no había que culparle a él, sino a Satanás, que era quien de verdad le inspiraba¹⁰⁰. A lo más que llegó en algún momento fue a apuntar que Castro había ofendido a los demás países de Europa al dar a entender que era el único hombre con vista en un mundo de ciegos¹⁰¹, o que su celo podía parecer a otros otra cosa (“aquel buen hombre con su celo que él llama”)¹⁰², o que

29 de junio de 1569.

95 “Me tiene buena voluntad y en buena opinion”. Arias Montano a Zayas, Roma, 22 de marzo de 1576 (*Documentos inéditos*, p. 338).

96 Montano dejó siempre una buena impresión en sus viajes al extranjero. Juan de Albornoz, en carta dirigida a Zayas y fechada en Bruselas el 19 de marzo de 1572 (Carvajal, p. 161, Documento 38) se refiere a Arias Montano como “cosa tan necesaria a su Iglesia, que conviene guardarle entre algodones”. Los elogios de los embajadores españoles en Roma y Lisboa no eran menos rotundos. El primero, Don Juan de Zúñiga, escribe el 31 de agosto de 1572 que “S. S. le ha honrado y favorecido como merecen sus letras y virtud; las cuales se han estimado en esta Corte tanto como en todas las otras partes donde el ha dado muestras dellas”; y el 13 de octubre de 1572 da testimonio de su desinterés: “Es tan poco codicioso que no solicitó que S. S. le premiase su trabajo” (Carvajal, pp. 165, 166). El cardenal Sirleto, en carta dirigida a Felipe II y fechada el 4 de octubre de 1572, dice sobre Montano que “é di gran dottrina et qualità rarissime” (Carvajal, p. 166).

97 *Documentos inéditos*, p. 305.

98 *Documentos inéditos*, p. 345: “Recelo de hacer nuevos conocimientos por causa de mi ternera natural, de la cual no puedo despojarme”. (Arias Montano a Zayas, El Escorial, 31 de mayo de 1577).

99 *Documentos inéditos*, p. 163.

100 “Por parte del enemigo de la verdad divina” (*Documentos inéditos*, p. 173); “estos nublados, que, como yo creo, el enemigo de la Sagrada Escritura ha procurado levantar contra ella, aprovechándose del celo del maestro Leon, que parece cierto ser celo” (*Ibid.*, p. 319).

101 *Documentos inéditos*, pp. 328-329.

102 *Documentos inéditos*, p. 323. Véase la carta, digna y moderada, que Arias Montano envía a Fray Esteban de Salazar (4 de febrero de 1594) ap. Carvajal, pp. 188-193.

era una lástima que se dijera que los españoles se devoraban los unos a los otros¹⁰³. En algún momento se refiere a la “diligencias exquisitas” hechas por algunos monjes de Sevilla y de otros lugares para descubrir en sus obras errores que denunciar y burlarse después de ellas en los conventos e incluso en las librerías¹⁰⁴. A los cincuenta años, la experiencia de la vida le había dejado, sin duda, una visión del mundo desilusionada y un tanto amarga, pero también cierta actitud filosófica: “A los hombres servirlos en lo posible con caridad y estar sin envidia alguna, y no esperar dellos salud, pues no la tienen ni pueden dar”¹⁰⁵. Las palabras con las que describe a cierto amigo podrían aplicársele a él mismo: “un ángel en la condición”. Pero ¿acaso tenía Montano la debilidad que a menudo acompaña a tanta dulzura y encanto? Era amante de la verdad y la exactitud, era perspicaz, tenía una gran fuerza de voluntad, una poderosa inteligencia, un profundo conocimiento de asuntos muy diversos y una especial agudeza para penetrar en el carácter de los hombres. Pero en sus relaciones con los demás, cuando el encanto de sus modales no bastaba o sólo bastaba momentáneamente, como le ocurrió con Lindano en El Escorial, Montano no siempre conseguía siempre sus objetivos. No logró un asiento en el Consejo de Flandes, ni una temporada en Italia, ni el cargo de embajador en Venecia. El respeto que inspiraba no impedía que sus criados (a quienes, cuando estaban enfermos, velaba durante la noche) llegaran a las manos en alguna ocasión, y no parece transmitir una excesiva dureza de carácter cuando anuncia su intención de reprender a alguno: “mañana le hablaré y daré una fraterna”¹⁰⁶. Tampoco parecía capaz de deshacerse de amigos obsequiosos y parientes pobres en la Peña, mientras que en la Corte se lamentaba de que la conversación amigable, a la que era tan aficionado, apenas le dejaba tiempo para el estudio¹⁰⁷. Aunque sobrio, tal vez no fuera austero por naturaleza y, en ese sentido, Carvajal exagera sin duda su ascetismo al decir que sólo comía una vez al día, al ponerse el sol, y nunca carne o pescado, o que dormía en una estera extendida sobre una tabla¹⁰⁸. Sabemos por el propio Arias Montano que, aunque no solía comer carne, tampoco era un vegetariano riguroso¹⁰⁹, y que no tuvo inconvenien-

103 *Documentos inéditos*, p. 322.

104 *Documentos inéditos*, pp. 380, 381, 387, 395.

105 *Documentos inéditos*, pp. 347-348 (Arias Montano a Zayas, El Escorial, 9 de junio de 1577. La misma carta contiene la siguiente frase: “Terrible cosa es ver lo que pasa en el mundo y no irse a los yermos quien lo siente”).

106 *Documentos inéditos*, p. 352.

107 *Documentos inéditos*, p. 413: “Es pensar que los rios tornarán contra corriente quien se persuadiere que la corte no sera para mi lo que ha sido siempre, si yo no soy totalmente otro, y si esto fuese sería entonces mucho menos para corte”. (Arias Montano a Zayas, 9 de enero de 1580).

108 Carvajal, pp. 106, 184.

109 *Documentos inéditos*, p. 414: “Jamás he profesado que no como carne, aunque no la como de buena gana”.

te en probar el jamón alguna vez en casa de Zayas¹¹⁰. Sabemos también que en El Escorial dormía en una cama de seda que el propio Zayas le enviaría más tarde a la Peña. En general, se puede decir que Montano valoraba demasiado la amistad como para convertirse en un oscuro asceta, aunque sólo mediante una severa autodisciplina debió ser capaz de conseguir el magistral conocimiento de las lenguas antiguas y modernas que llegó a alcanzar, y sumar además a este conocimiento una vastísima erudición, la cual habría de ponerse de manifiesto, por ejemplo, en el interés que mostró cuando el Duque de Alba tuvo la idea de fundar una cátedra de matemáticas en Flandes o en el entusiasmo con el que sabemos que estudió Medicina en su juventud. En general, su preocupación por todo lo relacionado con la educación fue constante y, de hecho, soñaba con un intercambio entre las universidades de España y de Flandes que permitiese a los extranjeros adquirir en España la fuerza de carácter y la grave dignidad por la que se distinguían los españoles¹¹¹. Fue a la vez un hombre de acción y un sagaz estudioso, y pudo combinar la resignación del cristiano¹¹² con la curiosidad del humanista. La posteridad, al igual que los Papas y los reyes de su tiempo, no podrá menos, por tanto, que honrar a este gran erudito del Renacimiento español, pues, con más motivos que la mayoría de los hombres, Arias Montano podría haber dicho de sí mismo que no sólo no hizo daño a nadie deliberadamente, sino que, por el contrario, trabajó siempre diligentemente por el bienestar y la felicidad de sus semejantes.

110 *Documentos inéditos*, p. 346.

111 Carvajal, Documento 34, p. 157: “Cogerían también algo de la gravedad de costumbres de España”.

112 Cf. *Documentos inéditos*, p. 172: “Me tenía persuadido que, llevándome Dios, él sabía lo que hacía y hacía lo que a mí me cumplía”; y p. 380: “mis ejercitadores, que otros llaman émulos, no cesan, porque parece debe ser esto cosa que me cumple y así Dios lo permite”.

Se acabó de imprimir “BENITO ARIAS MONTANO DE AUBREY F.G.
BELL” el 21 de Septiembre siendo la festividad de San
Mateo en los talleres de Artes Gráficas Bonanza
y estando al cuidado de la edición el
Servicio de Publicaciones de la
Universidad de Huelva



